

INTRIGA EN LA GALAXIA

LOUIS G. MILK

Intriga en la Galaxia

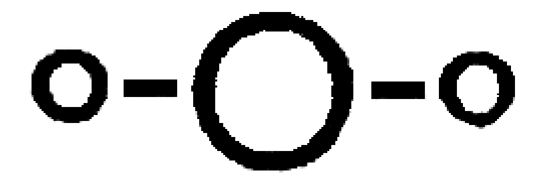
COLECCIÓN

ESPACIO

Intriga en la Galaxia

por

Louis G. Milk



EDICIONES TORAY, S. A
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

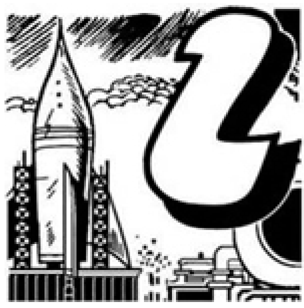
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA. — Pasaje Nuria, 8, — BARCELONA

INTRIGA en la GALAXIA

CAPÍTULO PRIMERO



A suave melodía, de ritmo dodecafónico, se interrumpió repentinamente, para dar un boletín avanzado de noticias. La grave voz del locutor dijo:

—Se han recibido noticias de que Ploysto, el Noveno Planeta del Sistema de Atlas, estrella perteneciente a la Constelación de las Pléyades, ha sufrido la «Muerte Negra», como la voz popular ha dado en llamar al total oscurecimiento de su atmósfera, y cuyas causas no han podido...

La fina mano de Iona cortó el contacto, y la imagen del locutor desapareció de la pantalla del estéreo. Serpenteó en el aire buscando mi mejilla, pero yo ya no estaba allí.

—¿Te vas, Rian? — me dijo, con voz llena de dulces entonaciones sorprendentes.

Sonreí en tanto me ajustaba el cinturón, del cual pendía una diminuta daga.

—Es ya hora de retirarme, cariño — dije, y me acerqué de un salto a la ventana—. ¡Hasta nunca, mi amor!

Pronuncié la última frase, adelantando el brazo izquierdo, algo levantado, en señal de adiós, en tanto que mi pie derecho se retrasaba un tanto. La postura era infame, indigna del peor actor de teatro-visión, pero a Iona le gustaban las actitudes melodramáticas, y se creyó en la Luna.

Permanecí así un instante, mirándola intensamente. Iona era muy linda, pero bastante estúpida, cosa que suele ocurrir a la mayoría de las mujeres hermosas, y ya estaba bastante empalagado de su insulsa charla. No obstante, uno es correcto y no debe defraudar nunca a las damas.

—¡Adiós, vida mía! — exclamó, besándose las yemas de los dedos, y extendiendo luego los brazos hacia mí.

—¡Adiós, mi amor! — exclamé por segunda vez y, apoyando mi mano izquierda en el antepecho del balcón, salté a la calle.

Había apenas dos metros de distancia, de modo que la caída no fue nada del otro mundo, pero aquél era otro de los detalles que tanto le gustaban a la aparatosa Iona. Se asomó al balcón y volvió a lanzarme otro beso, y después un aterrador chillido.

En el primer momento no comprendí él porqué de tan gordo berrido, pero cuando vi que se metía aprisa dentro de casa y que cerraba fuertemente las contraventanas, comprendí que allí había algo nada grato para mí.

Giré en redondo, enfrentándome con seis tipos de la peor especie, armados todos ellos con sendas espadas de todas las longitudes y dimensiones imaginadas. Los seis sicarios iban enmascarados, como si estuvieran actuando en el más infame de los folletones de TV estereofónica, y sus intenciones, aun en la semioscuridad de la calle, eran fácilmente visibles.

Retrocedí hasta que mis espaldas, anchas espaldas, ¡caramba!, tocaron la pared del edificio. Maldije profusamente mi imprevisión al haber salido de noche sin otro armamento que un triste puñal que no servía ni para mondar una manzana y, viendo la situación, me despedí de la vida. Tan dulce y tan agradable para un tipo como yo, que no había cumplido aún los treinta años...

No les formulé la menor pregunta. Demasiado sabía de quién era la mano que había volcado el oro a torrentes para convencerles de la necesidad de suprimirme. Tanteé con la mano izquierda hasta hallar el pomo de mi daga, y la hice relucir a la luz de la Luna.

Encogí ligeramente el cuerpo, esperando el primer ataque. Los seis individuos se me acercaban en silencio, sin el menor ruido, cerrando poco a poco la argolla de hierro en que querían estrangularme. Me dije que, como la suerte no me acompañara, y parecía haberse largado de allí, espantada por los aullidos de Iona, dentro de poco mis restos estarían desparramados por el pavimento.

Apreté los dientes. Los esbirros se acercaban más y más. Uno de ellos, más impaciente que los demás, se tiró a fondo. Su espada centelleó siniestramente.

Pero el acero no encontró el blanco que había buscado. Una décima de segundo antes, yo había saltado hacia mi izquierda, al mismo tiempo que adelantaba la mano libre, que era, precisamente, la derecha.

Aprisioné la muñeca de mi adversario con una férrea presa, y, antes de que pudiera hacer el menor movimiento, mi mano izquierda subió y bajó velozmente.

La aguda hoja del puñal se clavó exactamente en el punto buscado, o sea un poco debajo de la nuca, entre los dos hombros. El individuo se estremeció horriblemente, empezando a desplomarse pero yo no le dejé caer al suelo.

Le hice girar rapidísimamente, y luego apliqué el pie con toda mi fuerza al final de su espalda. El sicario salió rebotado, con el ímpetu de una bala. Su cabeza chocó contra la de uno de sus colegas, y los dos cayeron al suelo. Escuché el sordo crujido de un cráneo al chocar de mala manera contra el duro pavimento, y me dije que, de un golpe, acababa de liquidar dos pájaros. Y, al mismo tiempo, me había armado, porque la espada del otro había pasado a mis manos.

Con un arma en mi poder, me sentí otro. Aún me quedaban cuatro tipos, pero, o los cortesanos eran unos aduladores, o si decían verdad, yo era uno de los mejores esgrimidores del reino. Así que, cuando otro de los sicarios saltó sobre mí, me bastó hacer una rápida parada en tercera, y luego tirarme a fondo, para reducir al cincuenta por ciento los efectivos enemigos.

Los tres que quedaban retrocedieron un par de pasos, aprensivos. Era evidente que mi demostración de habilidad, derribando a sus compañeros en apenas un minuto, les había impresionado notablemente. Pero algo había en ellos que los impulsaba a batallar, y así, treinta segundos más tarde, se arrojaron sobre mí.

Durante un buen rato, no se oyó en aquel lugar otro ruido que el metálico retiñir de las espadas al entrechocar, despidiendo chispas en más de una ocasión. Una punta me rasgó el antebrazo, pero la cosa no fue grave; la sangre, que siempre es muy aparatosa.

Sin embargo, el hecho de que mis defensas hubieran sido franqueadas,

pareció animar a los esbirros, que redoblaron sus ataques. Uno de ellos retrocedió de pronto, soltando su espada, que rebotó sobre las losas de mármol estridentemente. Se llevó las manos al vientre, y se retiró a meditar, por muy poco rato, acerca de la fragilidad del abdomen humano cuando es perforado por una hoja de bien templado acero.

Pero aún quedaban dos, y uno de ellos, saltando inesperadamente, me clavó la punta de su espada en el hombro derecho. Mi acero, al quedar sin fuerzas la mano que lo sostenía, cayó al suelo. Me apoyé en la pared, jadeante, exhausto, cubierto enteramente de sudor y sangre de pies a cabeza, incapaz de ningún movimiento.

Fríamente, con deliberada lentitud, los dos sicarios supervivientes se me acercaron con sus espadas de punta, dispuestos a rematarme. Los miré de frente. Un príncipe de la sangre no cierra sus ojos ante la muerte, me dije, y quería que la persona que había pagado a los asesinos, supiera que había muerto como un hombre.

Una espada culebreó en el aire ante mis ojos. Pero no llegó a tocarme.

Súbitamente, un seco estallido sonó en el silencio de la noche. El esbirro dio un salto espasmódico, y cayó de bruces, completamente rígido, sin un solo movimiento más.

El otro se volvió instintivamente. Una voz femenina gritó, imperativamente:

—¡Despáchalo, Kyro!

El sicario retrocedió, asustado. Sabía que su espada no le servía ahora de nada y su frente se perló de gruesas gotas de sudor.

Pero entonces intervine yo:

—¡No, alto! ¡No lo matéis! Quiero interrogarle. Desarmadle nada más.

El asesino, sin que nadie se lo ordenara, tiró su espada al suelo. Se cruzó de brazos, mirándome desdeñosamente y yo, a mi vez, miré a mis oportunos salvadores.

Éstos eran dos, un hombre y una mujer. El primero era un ser de colosal estatura, dos diez al menos, pesando más de ciento treinta kilos, torso como un barril y manos como jamones. En una de ellas sostenía aún el percutidor, con el cual acababa de derribar al sicario.

La mujer era bella, muy alta, pero parecía una enana al lado del gigante. Tenía los cabellos negros como el ala de un cuervo y unos ojos cuyo color no podía definirse. Vestía una corta túnica, que apenas si le llegaba a las rodillas, sujeta a uno de sus hombros por un espléndido broche. Sus labios parecían sangrar, tan rojos eran.

—¿Quiénes sois vosotros? — inquirí.

Ella tomó de nuevo la palabra:

—Mi nombre es Floria, y éste es Kyro, mi secretario. Soy comerciante y estoy en Tierra Segunda por motivos de negocios. ¿Quién eres tú?

—Por ahora — sonreí—, Rian, príncipe de Tierra Segunda.

—¡El hermano del rey! — exclamó ella estupefacta.

—El mismo — contestó—. El hermano del rey, que os da las gracias por vuestra oportuna intervención. De no haber sido así, ahora no lo estaría contando.

—¿Quién es el osado — inquirió Kyro—, que se atreve a alzar la mano contra un príncipe de sangre real?

Miré al gigante. No sé por qué, su rostro me pareció vagamente conocido, pero no supe de momento a qué achacar tal parecido. Era. difícil pensar en alguien conocido, teniendo enfrente una persona con el cráneo y la barba totalmente afeitados, reluciendo en la noche. Y las facciones de Floria no me resultaron tampoco desconocidas. Aunque, la verdad, por mi principesca condición, conocía a tantas mujeres. Pero Floria, realmente, era una belleza. Iona, a su lado, parecía un esperpento.

Floria advirtió de pronto mis heridas.

—Kyro, cuida de este sinvergüenza. Alteza, estáis herido — me dijo, mirándome con aquellas pupilas, cuyo color me sentía incapaz de definir.

—Sí — sonreí—, un poco. Pero esto no es nada. En Palacio me curarán.

—Se alarmarán sin duda, al veros herido, Alteza.

Hice una mueca. Floria había rasgado un pañuelo y me estaba vendando la herida del hombro.

—Unos sí y otros no. Depende del modo de pensar de cada uno.

—¿Cómo? —los grandes ojos de Floria expresaron un absoluto asombro —. ¿Es que puede haber en Tierra Segunda alguien que pueda alegrarse de que su príncipe haya estado a punto de morir?

—Prefiero no contestaros a esa pregunta, hermosa Floria — me erguí una vez hubo terminado el vendaje—. Os estoy muy agradecido por vuestra oportuna intervención.

—Es lo menos que podíamos haber hecho por un hombre tan valiente como vos, Alteza — dijo Kyro, sin dejar de vigilar al prisionero—. ¡Gran Galaxia! qué matanza. Despachasteis a cuatro antes de que tuvieran tiempo de abrir la boca.

—Sí, pero quedaban dos, y si no llega a ser por vosotros, no lo estaría contando ahora.

—¿Qué hago con el prisionero, Alteza? — inquirió Kyro.

—Pues...

En aquel momento asomó una patrulla de vigilancia. Un oficial iba al mando de ella y al ver los cinco cuerpos tendidos en el suelo, corrió hacia nosotros, con la espada en alto.

Pero al reconocerme, su turbación alcanzó límites insospechados. Balbució:

—¡Alteza! ¿Qué ha ocurrido?

—Luego te lo contaré, teniente. Ahora hazte cargo de ese individuo y llévalo a Palacio. Por orden mía, queda arrestado e incomunicado rigurosamente. Nadie deberá verle ni mucho menos hablarle, ¿entendido?

—Sí, Alteza. ¡Guardias!

Un momento después, Floria, Kyro y yo nos habíamos quedado solos. La primera no pudo por menos de extrañarse.

—No he visto a nadie que se haya asomado al oír el ruido de las espadas. ¿Qué planeta es éste?

Me permití emitir una sonrisa de escepticismo.

—Por el contrario, yo creo que todo el mundo ha estado contemplando la pelea y que, al reconocerme, han optado por permanecer mudos y silenciosos. El hermano del rey no goza de muchas simpatías aquí. ¿Lo sabíais?

Floria me miró de una manera singular.

—Soy recién llegada a Tierra Segunda, y aún no he oído hablar sobre el asunto, pero creo que la opinión general debe diferir mucho de lo que acabáis de decir, Alteza. Dispensadme que os hable así, una simple comerciante, a vos, un príncipe de la sangre.

—Me ha gustado siempre la verdad en labios de mis interlocutores, hermosa Floria y os estoy muy reconocido por ello. Pero ahora, si me dispensáis, he de regresar a Palacio.

—Os acompañaremos, Alteza — dijo Floria—. No hemos de permitir un nuevo golpe contra vos.

—Esta noche no habrá nuevo golpe, hermosa Floria; podéis estar segura de ello.

Kyro me ofreció su brazo, grueso como el tronco de un olivo, y apoyándome en él, empecé a caminar. A aquellas horas, la circulación era

nula.

—Alteza, habláis como si este atentado no hubiera sido el primero — dijo Floria, estremecida de horror.

No contesté. Ciertas cosas de alta política no debían ser conocidas del vulgo. Kyro habló entonces.

—Lo que no comprendo, es cómo esos bandidos no usaron otras armas que su espadas. Uno solo de ellos, apostado en una esquina, con un percutidor...

—Se hubiera visto demasiado el pastel, amigo Kyro. Convenía que mi cadáver hubiera aparecido atravesado por una espada. Así, se habría dado la versión de que su Alteza había muerto en un duelo con un pretendiente celoso de... ¡ejem! —carraspeé.

Floria desvió la mirada, súbitamente conturbada.

Kyro, por el contrario, lanzó una gran carcajada.

—Me gustáis, Alteza, no lo puedo remediar, ¡qué diablos! Pero, hasta en esto debéis demostrar que vivís en Tierra Segunda. Sois los únicos seres de la Galaxia que llaman Sol a la estrella que les da luz y calor y Luna al satélite que les alumbra, a ratos, por la noche.

Hice una mueca; el hombro comenzaba a dolerme.

—Es lógico — respondí—. Cuando nuestros primeros antepasados llegaron aquí, de eso hace ya un millar de siglos cuando menos, encontraron que este planeta era casi idéntico al que ellos habían abandonado, y utilizaron tales nombres, los cuales han seguido usándose a través de las épocas.

—Y sus malas costumbres también — gruñó Kyro.

Asentí. «Y sus malas costumbres también», repetí mentalmente. Mejor que yo, esto podría haberlo repetido el granuja que había pagado para matarme.

A cierta distancia del Palacio, me detuve.

—No es necesario que sigáis — dije— Puedo llegar perfectamente, y los médicos me curarán en seguida. Me gustaría saber dónde os alojáis; he de haceros una visita para daros las gracias por vuestra oportuna aparición.

Floria sonrió:

—Tenemos suficiente con el honor de haberos salvado la vida, Alteza.

—No obstante... — insistí.

—Nos alojamos en el Hotel de las Cien Galaxias, Alteza — dijo Kyro, con aquella peculiar voz suya, que parecía hacer vibrar el suelo—. Allí

estamos, para lo que gustéis mandarnos.

—Muy amable — dije —. A propósito, dijisteis que habíais venido a Tierra Segunda por negocios ¿Cuál es vuestro planeta?

—Nared, del Sistema de la Estrella Beta de la Cabellera de Berenice — contestó Floria.

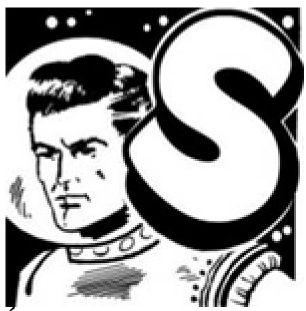
Lancé un silbido.

—Eso está muy lejos — dije—. Muy importantes deben ser vuestros negocios, para haberos traído hasta aquí, Floria.

La joven me hizo una graciosa reverencia.

—Muy importantes, en efecto. ¡Alteza...!

CAPÍTULO II



Í, los de Tierra Segunda hemos conservado los mismos defectos y las mismas virtudes que nos legaron nuestros antepasados, aquellos que vinieron a las Hyades hace cien mil años. Duros, generosos, altivos, hospitalarios, rufianes, héroes, canallas, altruistas, de todo hay entre nosotros. Existen el desprendimiento y la generosidad, y también existen la ruindad y la traición. Seríamos capaces de dar la vida por un amigo nuestro, y también podríamos apuñalarle por la espalda, si así nos conviniera.

Cuando, en su alocada huida, los primeros terrestres llegaron a la constelación de las Hyades, encontraron en seguida una estrella, «Pi», muy parecida, por su magnitud, quinta, aproximadamente a la del Sol que habían dejado. Dieron este nombre a «Pi» y así se ha conservado, como igualmente el del pequeño satélite que gira alrededor de nuestro planeta, el séptimo de los dieciocho que componen el sistema de nuestra estrella. Y tal fue el influjo de aquellos terrestres, que, aun existiendo razas inteligentes en la Galaxia, muchísimas con figura idéntica a la suya, los antiguos nombres, cuando menos de las estrellas y constelaciones, que los que había usaban, fueron sustituidos por los suyos, los cuales han prosperado en la Galaxia durante el centenar de millares de años que han transcurrido desde entonces. Han sobrevivido los nombres de los planetas, y acaso el de alguna estrella menor, pero, en general, todo el mapa celeste, cuando menos en esta región, fue transformado etimológicamente.

Estos defectos y estas virtudes que he citado, son los que habían movido al hombre que pagó a los asesinos, para borrarme del mundo de los vivos. Afortunadamente, la intervención de Floria y Kyro no había podido ser más oportuna, y gracias a ello puedo contarlo.

A la mañana siguiente, una vez curado convenientemente, pero con el brazo aún en cabestrillo, me senté a la mesa a desayunar. ¡Vieja y querida costumbre terrestre! Hay mundos en los cuales la alimentación es a base de comprimidos vitamínicos, pero cuando menos en el nuestro, sigue siendo como cuando el alba empezaba a despuntar en el espacio.

Estaba terminando de comer, cuando alguien pidió permiso por el estéreo

para entrar en mis habitaciones. Vi el aquilino rostro de Giar, el coronel de la Guardia Real, y mascullé un «sí» lleno de displicencia.

—Alteza, su Majestad os ruega vayáis a verle inmediatamente. Tiene algo muy importante que comunicaros.

—Está bien. Creo que su Majestad y yo pensamos de manera muy parecida — repuse— Decidle que voy al instante.

Giar se inclinó y salió. Lo miré fijamente en tanto caminaba. «Granuja, me has visto herido y ni siquiera se te ha ocurrido preguntar por mi estado. Seguro que no has dormido, pensando en que me he salvado, ¿eh?»

Deliberadamente dejé pasar un rato antes de acudir a la llamada. Luego, echándome una corta capa sobre los hombros, salí de la estancia.

Los inmensos corredores de Palacio estaban flanqueados por hieráticos centinelas, armados todos con espadas, que presentaban armas a medida que yo iba cruzando los corredores. Rara civilización la nuestra, que conocía las armas más mortíferas, capaces de destruir un mundo con un solo golpe y, sin embargo, permitía que fuéramos armados de la forma más elemental. Pero así era, y cualquier habitante de Tierra Segunda se habría sentido deshonrado al ser portador de otras armas que no fueran espadas o puñales.

Un criado me abrió la puerta de la habitación real. Penetré con el paso erguido, tratando de disimular la debilidad que aún me acometía como consecuencia de mis heridas.

Me detuve a cinco metros de la mesa donde mi hermano, el rey, despachaba sus asuntos, en unión de uno de sus ministros, el de Asuntos Exteriores, precisamente. Hice la inclinación que correspondía a un príncipe, hermano de rey, y aguardé.

Groan, mi hermano, habló:

—Te has retrasado, Rian. Eso no me agrada, ya lo sabes. Cuando el rey llama a alguien, éste debe acudir inmediatamente, y más si es su hermano, el cual está obligado, precisamente por serlo, a dar ejemplo.

Miré a Groan. Grueso, repelente, sebáceo, convertido en una mole de gelatinosa carne a sus treinta y cinco años mal cumplidos, no parecía haber tenido el mismo padre que yo. Y, sin embargo, así había sido. Y era el rey.

—Lo siento — dije—. Tu llamada me cogió de improviso, aún a medio vestir.

—Estoy seguro de ello. Si dejases a un lado ciertas diversiones, impropias de un príncipe de la sangre, trasnocharías menos y, en consecuencia, podrías madrugar mucho más.

—No teniendo ningún papel asignado en el Gobierno de nuestro Sistema,

¿qué otra cosa puedo hacer, Groan?

El rey refunfuñó algo que no pude entender. Miró a su ministro, el astuto Midrab, cuyo hocico le daba un zorro aspecto, ciertamente en consonancia con su forma de obrar y de pensar.

Luego me miró a mí.

—Siéntate, Rian. Tú y yo hemos de hablar.

—Muy bien — dije—. ¿De qué se trata?

Tomó algo de encima de su mesa y me lo alargó.

—¿Los conoces? —dijo.

Eran dos movirretratos. Uno de ellos representaba a una hermosísima joven, de cabellos hechos de hebras de sol amarillo, ojos verdes como sendas esmeraldas, y labios rojos, que parecían de grana. Aprete un botón, y en el acto la imagen pareció cobrar vida.

Me miró, sonriéndome de una forma particularmente encantadora. No pude contenerme, y le guiñé un ojo, aun a sabiendas que el original no podía, ver mi gesto.

Groan carraspeó y aquello me hizo mirar la otra movifoto. Ésta representaba un hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años de edad, pero en la plenitud de su vigor, con unos ojos que despedían chispas de acero, un cabello espeso, hirsuto como matas de espino, y una barba larga, rizada, que le llegaba muy bien a la mitad del pecho. En lugar de cejas tenía un trazo negro, que le llegaba de sien a sien, de dos dedos de grueso. Al apretar el botón, la boca de aquel hombrón se movió de tal forma que parecía estar soltando una andanada de juramentos.

Devolví las movifotos.

—Muy hermosa ella y un bestia él. ¿Quiénes son?

—Los calificativos son inadecuados al cincuenta por ciento, Rian. Ella es Zina y él Trumbo.

—¡No! —grité.

Mi hermano movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. El rey del Sistema Beta de la Cabellera de Berenice, y su hija, la princesa heredera del trono, con la cual pienso casarme.

Las palabras de Groan me dejaron sin aliento.

—¿Tú? ¿Casarte con Zina?

—¿Y por qué no? — me replicó amostazado mi hermano —. Estoy soltero y mi obligación es tener un heredero que me suceda en el reino a mi

muerte. ¿Qué de particular tiene que haya pensado en Zina?

Traté de disimular mi turbación.

—No, claro, tienes razón, Groan. Bien, ¿y eso es lo que tenías que decirme? Te felicito sinceramente; Zina es hermosísima.

—Gracias — me respondió secamente mi hermano—. Te he llamado, no solamente para participarle mi proyectado enlace, sino para decirte que necesito a alguien que vaya al reino de Trumbo a pedir la mano de su hija. Es lo que se acostumbra en estos casos, ¿no?

Empecé a calar a mi hermano. Abrí la boca, pero él no me dejó seguir.

—Y, naturalmente, hay que enviar una embajada extraordinaria ante el rey de la Cabellera de Berenice. ¿Qué mejor embajador y quién mejor que tú, el hermano del rey, para desempeñar tal misión?

Asentí pesadamente.

—Tienes razón, Groan. Te felicito de todo corazón por tu elección, y puedo afirmarte que trataré de cumplir mi misión con la mejor de mis voluntades. ¿Cuándo debo partir?

Mi hermano consultó de nuevo con Midrab, pero sin hablar. ¡Valiente pareja; se lo decían todo con la vista!

—Poco más o menos, dentro de una semana, Rian. Daré las órdenes oportunas para que se te provea de todo y de lo mejor. No solamente eres mi embajador, sino mi hermano, y debes presentarte como tal.

—Eres muy generoso, Groan. De modo — añadí pensativo — que estás tratando de establecer una alianza entre las Hyades y la Cabellera de Berenice, ¿eh?

Mi hermano se sobresaltó.

—¿Quién te lo ha dicho, Rian?

—Nadie. Pienso y deduzco, eso es todo, querido hermano. Al menos, lo que yo veo en tus pretensiones, no es ni más ni menos que un matrimonio de Estado. ¿O no es así? — concluí agudamente.

Nuevamente volvieron a mirarse él y Midrab. Al fin, mi hermano movió pesadamente la cabeza.

—Sí, Rian, tienes razón. Eso es lo que trato de establecer. Una alianza sólida, indestructible, entre dos de los reinos más poderosos de la Galaxia. ¿Tienes algún reparo que oponer a mi plan?

—¿Yo? Eres tú el que gobiernas y te gobiernas, querido hermano. Yo soy solamente el primero y más obediente de tus súbditos. Estoy dispuesto a partir para Nared en el momento en que me lo ordenes.

¡Qué curioso! Floria también había venido, con Kyro, de Nared, en viaje de negocios. Hasta entonces no había reparado en tal coincidencia, pero no hice gran caso de ello; los viajes de Sistema a Sistema y de constelación a constelación, dentro de la Galaxia, eran frecuentes, y, ¿por qué tenía que extrañarme de ello?

Creyendo que la audiencia había terminado, me puse en pie. Pero mi hermano me detuvo.

—Un momento, Rian; quiero hacerte una pregunta.

—Desde luego, hermano. ¿De qué se trata?

—¿Qué sabes tú de la «Muerte Negra»?

—¿La «Muerte...»? Oh, lo que dice todo el mundo, hermano. Que es algo que oscurece totalmente la atmósfera de un planeta habitado, el cual se queda sin luz y, probablemente, con una ínfima cantidad de calor, y por lo tanto, todo cuanto hay viviente sobre su superficie, deja de serlo. Esto, y que anoche oí que Ploysto había sido atacado por tan extraño fenómeno, es cuanto puedo decirte acerca del asunto. Ignoro por completo las causas de tan extraño suceso, lo mismo si son naturales como artificiales.

—¿Cómo a-r-t-i-f-i-c-i-a-l-e-s? — dijo mi hermano deletreando deliberadamente la palabra.

Me encogí de hombros.

—Es algo que se me ha ocurrido, sin saber cómo ni por qué, Groan.

—¿Es que opinas que tal fenómeno puede ser producido por la mano del hombre?

—¿Yo? ¿Y por qué había de opinar así? Se me ocurrió de buenas a primeras; eso es todo. Ploysto no es el primer planeta atacado. Haldión, Dimene, Tekaron y varios más, que yo sepa, todos de distintas constelaciones, han sufrido la «Muerte Negra». No puedo añadir una sola palabra más hermano.

—Te creo. No obstante, te recomiendo que, en cuanto puedas, consultes una carta celeste y sitúes en ella los planetas afectados por la «Muerte Negra» Verás cómo encuentras algo que te sorprenda.

Me incliné.

—Sí, lo haré, pues que tú lo has dicho. ¿No me necesitas para nada más?

—No, excepto decirte que te estoy muy agradecido por haber aceptado ser mi intermediario ante Trumbo y su hija.

—Es un deber que cumplo gustosísimo, hermano. Con tu permiso...

Apenas hube dejado al rey, me encaminé a uno de los ascensores, el cual



me llevó a los sótanos de Palacio. El capitán de guardia se precipitó hacia mí apenas me vio.

—¿Qué deseáis, Alteza?

—La patrulla del teniente Kindo trajo anoche, por orden mía, un prisionero. Quiero verlo.

—Al instante, Alteza, al instante — dijo el capitán.

Precediéndome, echó a andar por un largo corredor, flanqueado de puertas, en cada una de las cuales había una mirilla circular de cinco centímetros de diámetro. Adiviné en cada una de ellas una pupila espiándome ansiosa, una pupila, con toda seguridad, enemiga de Groan y de su, todo hay que reconocerlo, no muy benigno modo de gobernar.

Pero esto no me interesaba a mí. Lo que me había llevado al sótano era el ver al sicario que aprehendiera. El capitán se detuvo al fin ante una de las puertas.

Sacó una llave eléctrica del bolsillo. La enfocó sobre la cerradura, y la puerta comenzó a girar. Cuando terminó, me dije que aquello ya debiera haberlo previsto y que había sido un solemne zoquete al perder un tiempo precioso en los sótanos de Palacio.

—Una labor muy limpia, capitán — dije, cerrando la puerta—. El coronel Giar os va a calentar las orejas cuando os eche la vista encima.

El oficial estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo. No era la vista del cordón de negra seda en torno al cuello del asesino lo que le asustaba, sino las repercusiones que esto podía traerle. Y sus piernas bailaban de tal modo que pude oír claramente chocar una rótula contra la otra.

—Alteza, os juro... — exclamó, a punto de echarse a llorar—. Os aseguro que nadie ha entrado ahí... De verdad, os ruego me creáis...

—¿No, eh? ¿Se ahorcó él sólo? Es una habitación sin ventanas y rejas de donde colgarse. Pero no es a mí a quien tenéis que dar excusas, sino a vuestro coronel. Dejadme pasar — concluí, muy fastidiado.

Una vez arriba, empecé a pasearme por mi habitación, con las manos a la espalda. Aquello se estaba poniendo cada vez más caliente y a mí me estaba tocando el receptáculo de la sartén, no el mango, cosa que no me agradaba lo más mínimo.

Mientras me paseaba, se me ocurrió una idea. Hice llamar al teniente Kindo, y éste se presentó ante mí al cabo de un rato.

—Alteza — saludó.

Lo miré con fijeza.

—Teniente, ¿llevasteis al prisionero anoche a Palacio, tal como os ordené?

—Sí, Alteza, y lo entregué al capitán de servicio, el cual me firmó el oportuno recibo, en el cual se hacía constar que el arresto de aquel hombre era por orden vuestra.

—¿Se hizo el asiento en los libros?

—Sí, Alteza.

—¿Por qué lo afirmáis tan seguro?

—Porque yo mismo hube de firmar en la casilla correspondiente, como todo oficial o guardia que entrega un detenido.

—Es verdad — murmuré—, lo había olvidado. ¿Hablasteis con el prisionero?

—No, Alteza. Vuestras órdenes fueron...

—Ahora me arrepiento de ellas, Kindo. Nada más, muchas gracias.

El teniente saludó y se dirigió hacia la puerta, pero no le dejé llegar a ella.

—¡Teniente! — llamé.

—¿Alteza?

—El prisionero ha muerto asesinado en su celda. Procurad que no os suceda lo mismo.

Kindo me miró, al mismo tiempo que me dirigía una desdeñosa sonrisa.

—Son ellos — dijo, golpeando ostensiblemente el pomo de su espada—, quienes deben guardarse de mí, Alteza.

Yo también le sonreí. Kindo era un joven fuerte y arrogante, lleno de salud y vitalidad y, lo que considero más precioso, de inteligencia.

—Me alegro de veros tan dispuesto, Kindo. Si alguna vez precisáis de un favor, no tenéis más que pedírmelo.

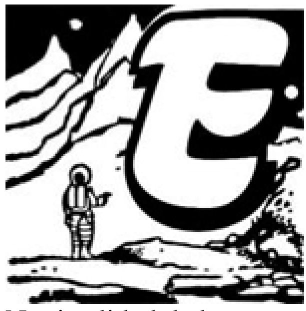
—Entonces, Alteza, os lo pediré ahora mismo — dijo el teniente, con firme resolución.

Lo miré especulativamente. De pronto dio un salto y se colocó a mi lado.

Habló en voz muy baja, tanto, que apenas si pude oírle.

—Alteza, ¿cuándo os hacéis proclamar rey?

CAPÍTULO III



N mi calidad de hermano del rey, hubiera debido tener algún cargo, algún empleo, siquiera honorífico, en el gobierno de nuestro Sistema. En otros planetas, los hermanos del gobernante, fuera el nombre que éste tuviera, ayudaban a aquél en sus tareas de gobierno, poco o mucho, pero algo. Yo no hacía nada.

¿Por qué? ¿Por ineptitud? No me precio de ser un genio, pero tampoco soy un tarado mental. Dejemos mi inteligencia en un discreto término medio, y ya está bien; lo cual significa que, debidamente informado del fondo y forma de las cosas, hubiera podido prestar valiosos servicios a mi hermano.

¿Por qué, pues, se me mantenía apartado de un modo riguroso de toda actividad meramente oficial?

Hay una sola palabra que responde adecuadamente a la pregunta; *celos*.

Sí, Groan, mi hermano, tenía celos de mí. Es acaso inmodesto que lo diga, pero resulta peor faltar a la verdad. Yo era joven y apuesto; él, gordo y desgarbado; yo tenía un carácter abierto, agradable, franco, sincero; él lo tenía adusto, reticente, suspicaz, desconfiado; las gentes del pueblo me querían, podría incluso decir que me adoraban; a él, si no le detestaban, muy poco le faltaba; yo tenía éxitos con las mujeres; ellas torcían la cara con sólo oír mencionar su nombre.

Naturalmente, mi hermano no era tonto y comprendía que, si me daba alguna misión oficial, aun puramente de relumbrón, mi popularidad entre los habitantes de Tierra Segunda y demás planetas del Sistema, se habría agigantado enormemente, infinitamente más de la que ya tenía, y me hubiera bastado mover un solo dedo, el meñique, para calzarme el trono bonitamente.

Tal era la situación en el momento en que comienza la historia. ¿Fueron pagados aquellos asesinos por mi hermano? La cosa resulta un poco fuerte de creer, y yo, en aquellos momentos, aún lo dudaba. Diciendo la verdad, tampoco estaba muy seguro de que él hubiera sido el autor de la «broma». Más probable era que alguno de sus más íntimos allegados lo hubiera ordenado, no sólo por hacerse agradable a los ojos de Groan, sino porque,

ciñéndome yo la corona, él, o ellos, hubieran perdido los pingües beneficios y sinecuras de que ahora disfrutaban. La pregunta del teniente Kindo era todo un lacónico, pero elocuente síntoma de lo que ocurría.

Esperé hasta el atardecer para salir de mis habitaciones. Entonces ordené que me prepararan un coche.

Puesto que yo tenía aún el brazo derecho inutilizado, no podía conducir, por lo que hube de precisar un hombre que me llevara. Giar me alcanzó en el momento de salir.

—¡Alteza! —exclamó, inclinándose.

—¿Qué queréis, coronel?

—Estoy verdaderamente consternado por lo que os sucedió anoche. Hasta hace muy poco no me he enterado de tan desagradable incidente y...

—Está bien, coronel; os quedo muy agradecido por vuestro interés. Acabad de una vez, ¿qué es lo que queréis?

—Pienso en vuestra seguridad personal, Alteza. Permitid que envíe una patrulla de escolta detrás de vuestro coche.

—Muy amable, coronel; pero no lo estimo necesario. Si anoche fui atacado, se debió a que estaba en un lugar relativamente solitario y a que era una hora un tanto intempestiva. Al lugar donde voy ahora no creo se atrevan a hacer nada contra mí; cierta clase de asesinos huyen de las multitudes, ¿me entendéis, coronel?

—Perfectamente, Alteza. No obstante, soy el encargado...

—...de dejarme en paz, coronel — corté bruscamente, cerrando la portezuela de un seco golpe y dejándolo con la palabra en la boca—. ¡Al Hotel de las Cien Galaxias, conductor!

El vehículo arrancó rapidísimamente, sumiéndose al instante en la densa corriente de tráfico de Ciudad Central, capital de Tierra Segunda y del Sistema. Los edificios, altísimos, resplandecían como ascuas merced al derroche de iluminación con que se enjoyaba la noche de nuestro planeta. Millares y millares de vehículos, como el mío, de una sola rueda, mantenidos en equilibrio merced a delicados estabilizadores giroscópicos, corrían en todos los sentidos, no sólo en el nivel en que nosotros nos hallábamos, sino en los distintos de que constaban las calles de la capital.

El Hotel de las Cien Galaxias era uno de los mejores, si no el mejor, de la ciudad. Era un colosal edificio, de un centenar de pisos al menos, todo él construido en vidrio, lo cual le daba el aspecto de un colosal cubo de diamante durante el día y de estar compuesto de toda clase de gemas por la noche. Todos los colores del arco iris resplandecían en su composición, y el espectáculo era realmente maravilloso.

Salté del vehículo y me dirigí a la entrada. El portero curvó su espinazo al verme pasar. Sin una vacilación, me dirigí a Recepción.

Había una chica monísima tras el mostrador, la cual estuvo a punto de desmayarse al reconocerme.

—No es para tanto, preciosidad — dije—. Sólo deseo saber una cosa.

—El hotel entero está a vuestra disposición, Alteza — dijo entonces una voz a mis espaldas,

Me volví. Era el gerente en persona, sin duda avisado de mi presencia por el portero. Conocía a Sihdar Jan y sabía era un hombre excelente.

—Muy amable, Sihdar. Es simplemente cuestión de curiosidad. ¿Se alojan aquí una tal Floria, comerciante de Nared, y su secretario Kyro?

—Sí, Alteza. Ocupan la «suite» estelar. Pero ahora están cenando en el comedor. Haré que los llamen y...

Alargué la mano, deteniendo el gesto del gerente.

—No, gracias, Sihdar; iré yo mismo.

—Pero, Alteza, eso es una infracción del protocolo...

—El protocolo y quien lo inventó me importan un comino, Sihdar. Acompañadme. Ah, y nada de hacer manifestaciones ostentosas; he venido como un simple ciudadano, ¿me habéis entendido?

—Se hará lo que vuestra Alteza ordene — contestó el gerente, precediéndome—. Por aquí, Alteza.

Esto último lo dije, basándome en lo que antes he relatado; de lo contrario, la orquesta que amenizaba la cena, hubiera interpretado el Himno del Planeta — no siendo yo rey, no me correspondía el Himno del Sistema—; los asistentes, obedeciendo al protocolo, se hubieran levantado; tendrían que permanecer en pie hasta que yo me hubiera sentado; se habría producido alguna manifestación en favor mío y... Bien, los ojos y oídos de mi hermano eran muy largos, larguísimos, está mejor dicho. Así, hasta cierto punto, podría pasar desapercibido, que era lo que yo andaba buscando.

Sihdar reparó en mi brazo en tanto cruzábamos el esplendente salón, de una colosal magnitud, repleto de enjoyadas y bellísimas damas y correctos y pulcros caballeros.

—Oh — contesté negligentemente —, un leve accidente durante uno de mis diarios entrenamientos de esgrima.

Sihdar me miró suspicazmente, pero yo fingí no haberlo advertido. Pronto estuvimos al lado de Floria y Kyro.

La pareja se sorprendió enormemente al verme. Lo primero que quisieron

hacer fue ponerse en pie, pero se lo impedí.

—No, por favor. Quedad cómo estáis.

Alguien me acercó una silla. Otro camarero puso un tercer cubierto y, en general, muy pocos fueron los que se dieron cuenta de mi presencia allí.

—Me alegro de veros casi restablecido, Alteza — fue el primer saludo de Floria.

—Os lo agradezco mucho. A vos y a vuestro secretario es debido el que hoy pueda hallarme aquí, y no he querido dejar pasar más tiempo sin manifestároslo personalmente.

—Por todo lo cual nos sentimos extremadamente honrados, Alteza —dijo Floria.

Y durante un buen rato, en tanto consumíamos la cena, no hicimos más que cambiar banales frases de una discreta conversación.

La costumbre de danzar no se ha perdido a través de los siglos, y así, estábamos a punto de concluir cuando, de pronto, se me ocurrió invitar a Floria. Entonces fue, cuando tras unos cuantos pasos, la dije:

—Tenéis que dejarme vuestra dirección en Nared, Floria. Tal vez os vuelva a ver más pronto de lo que os imagináis.

Ella me miró con aquellos ojos cuyo color no sabía definir. Sonrió:

—Para mí será un gran honor, Alteza, pero...

—¿Me prometéis ser discreta y no repetir a nadie lo que os voy a revelar?

—Por supuesto, Alteza. Todo lo que hablemos entre vos y yo quedará como estrictamente confidencial.

—Gracias. Pero antes os haré una pregunta. ¿Qué concepto tenéis de Kyro, vuestro secretario? A mí me parece que más que secretario es un guardaespaldas.

Floria se echó a reír, dejando ver una doble hilera de dientes cuyo brillo no cedía al de las perlas que rodeaban su negrísimo cabello.

—Tenéis una magnífica vista, Alteza. En efecto, Kyro también es, además de mi secretario, mi custodio particular.

—Lo cual quiere decir que no estáis muy segura de los que os rodean, y como ahora os halláis en mi planeta, esto es una muestra de desconfianza hacia nosotros.

—Cierto, Alteza; pero, ¿y vos?

—¿Yo? — exclamé sorprendido.

—Sí. También anoche hubierais necesitado un hombre como Kyro a

vuestro lado. ¿O ya habéis olvidado el peligro que corristeis?

Fruncí el ceño. Floria me había devuelto hábilmente la estocada.

—Bueno, en realidad...

—En realidad, Alteza, Tierra Segunda es un planeta en el que no está segura la vida de nadie. Y aún opinaría que la del hermano del rey menos que ninguno.

—Acaso vos podáis decirme los motivos — dije con cierta hosquedad.

—Vos los sabéis tan bien como yo, Alteza. Pero uno de ellos, acaso el más importante, es el de vuestro nacimiento. Ni el rey ni vos tenéis la culpa de que vuestro padre se casara dos veces, y que la segunda, que fue con vuestra madre, se tratara de un matrimonio con una mujer carente de sangre real; un matrimonio morganático, diciéndolo en dos palabras.

—Veo que estáis muy enterada acerca de mis particularidades, Floria.

—Me gusta saber el terreno que piso cuando viajo, Alteza.

—¿Era preciso saber que mi madre fue una plebeya para el buen desarrollo de vuestros negocios, Floria? Ignoro en qué consisten éstos; pero, en todo caso, los informes que debíais haber tomado son de tipo comercial, y no puramente personal, sobre todo de alguien que no necesita trabajar para vivir.

Aquello pareció ofenderla. Soltándose, dijo:

—Sois un príncipe, pero ni al propio rey toleraría un insulto parecido. Cada uno se gana la vida como puede: unos, comerciando; otros, alimentándose como parásitos a costa de los que comercian.

Me eché a reír.

—Hermosa Floria, os pido mil perdones. Aquellas palabras se me escaparon en un momento de ofuscación. ¿Continuamos bailando?

—Gracias, estoy un poco cansada.

La acompañé hasta la mesa y volvimos a sentarnos. Kyro nos miró de soslayo, pero no dijo nada. Sólo fue al cabo de un rato cuando dije:

—Antes os hablé de veros pronto en Nared, Floria.

—Y yo os dije que para mí sería un honor recibiros. ¿Cómo es que pensáis ir?

—Sólo vosotros dos, por ahora, lo vais a saber. Tengo el encargo de mi hermano, el rey, de pedir la mano de Zina, la princesa heredera, a su padre, Trumbo.

—¡No! —gritó Kyro, con un aullido tal que hizo volver las cabezas a los

más próximos. Se dio cuenta de su escape y me pidió, perdón—. Dispensadme, Alteza, pero lo que acabo de oír es un poco fuerte.

—¿Por qué? — pregunté—. Mi hermano me ha enseñado los retratos de Zina y Trumbo. Esto quiere decir que, por lo menos, se han entablado ya ciertas negociaciones preliminares. Una movifoto sólo se envía a personas con las cuales se tiene interés en algo muy personal.

—¿De modo que Zina y Trumbo han enviado sus movifotos a Groan, eh? — la pregunta venía ahora de la propia Floria.

—Así es, Floria — repuse.

—Esto no me gusta — dijo ella.

—¿Por qué?

—Olfateo algo raro en el ambiente, Alteza.

—Me gustaría que me lo explicarais mejor, Floria — dije, levemente amostazado.

—La propuesta de matrimonio encierra en sí una alianza entre dos poderosos reinos: las Hyades y la Cabellera de Berenice. ¿No creéis que Thuran tendrá algo que oponer a tal enlace?

—¿Thuran? No veo...

—Thuran es el sátrapa de Lince. No le hará gracia que se firmé y se consolide una alianza entre dos reinos que, en caso de conflicto, pueden arrasar todos los planetas de su constelación como una nuez entre las bocas de unos alicates.

—¡Vaya! — exclamé, lleno de sorpresa—¿Quién me lo iba a decir? Una comerciante, llena de sabiduría política. De modo que Thuran se opondrá a la boda entre Zina y mi hermano, ¿eh?

Floria enrojeció.

—Es cosa de sentido común — dijo.

—Pues el sentido común no es cosa que abunde mucho en estos tiempos, Floria. De todas formas, supongo a Groan y Trumbo, en caso de que la alianza se lleve a cabo, lo suficientemente hábiles para soslayar los inconvenientes que puedan presentárseles.

Entonces fue cuando habló Kyro.

—Alteza, dais por sentado que Trumbo conceda a vuestro hermano la mano de su hija.

—Como embajador, mi deber es persuadirle de la conveniencia de tal enlace.

—Mejor sería que fuera el propio Groan el que diera tal paso — dijo a la sazón Floria—, Encuentro altamente ridículo y hasta impropio e incorrecto, el que no sea el propio interesado el que pida a la novia el consentimiento para el matrimonio.

—Ciertas cosas — dije—, y en ciertas esferas, han de hacerse con arreglo a determinadas reglas del protocolo que no pueden quebrantarse. Por supuesto — agregué con mi sonrisa de los días de fiesta —, si yo fuera Groan, no enviaría a mi hermano a pedir la mano de Zina. Y si tuviera que pedir la vuestra, Floria, me saltaría a la torera el protocolo.

—Tendría que rechazaros, Alteza — dijo ella fríamente— Recordad la diferencia social que existe entre nosotros dos. Vos sois un príncipe de sangre real; yo, una plebeya comerciante.

Incliné el busto.

—Si un día decido amaros, Floria, renunciaré a todos mis privilegios con tal de ser vuestro esposo. No lo dudéis — y dando por terminada mi estancia en el hotel me puse en pie—. Por favor, Floria, vos no; recordad que he venido como particular.

La joven se limitó a hacerme una inclinación de cabeza desde su sitio, y —¿fue ilusión mía? — vi brillar una humedad sospechosa en sus ojos. Saludé a Kyro y me marché de allí.

El coche me estaba aguardando fuera. Le di cierta dirección y el conductor asintió en silencio.

Iona se me tiró al cuello apenas me vio. La rechacé con una bofetada que la hizo dar dos vueltas sobre sí misma antes de caer sobre un diván.

Me miró con ojos llenos de temor.

—Rian, ¿qué te he hecho yo para...?

Me acerqué a ella echando chispas.

—Dime, ¿quién fue el que te pagó?

—¿Pagarme? No te entiendo, Rian.

—¡Estúpida! — grité—. No te hagas la desentendida. Solamente una persona sabia la hora en que me retiraría yo de tu casa y ésa eras tú. ¿Por qué cerraste la ventana, en lugar de gritar pidiendo socorro?

—Rian, yo... Te lo juro... Vi a aquellos hombres armados y me dio miedo... Es verdad...

—¡Calla, embustera! Dime el nombre del que te sobornó.

Quiso negar con la cabeza, pero no le valió.

—Si te has creído que me vas a engañar, entonces es que no me conoces. Iona. Anoche intentaron liquidarme, y tú lo sabías antes que yo. Estuviste fingiéndome amor durante todo el rato; pero sabías que, en cuanto saliese, habría media docena de asesinos a sueldo para borrarme del mundo de los vivos. Una sola mano es la que os pagó a los asesinos y a ti. ¿De quién es esa mano?

—Rian, por favor — sollozó la joven—, no me obligues... Me matarán a mí si te digo la verdad...

—Yo seré el que te mate si no me lo dices. Está mi vida en juego, y no pienso detenerme en nada ni ante nadie. ¿Quién fue?

—Juró matarme si hablaba una sola palabra. Rian. Es muy alto y muy poderoso y...

—¡Eso ya lo sé! ¡Vamos, suéltalo de una vez!

Iona acabó por amedrentarse del todo. Abrió la boca y durante una décima de segundo aguardé, anhelante, suspenso, la revelación que más había de ser confirmación de mis sospechas.

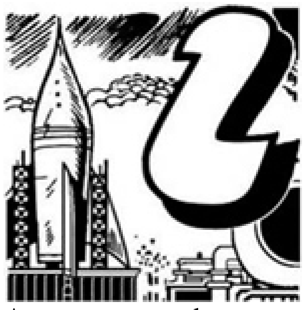
Pero no hubo tal revelación. Iona lanzó un agudo grito que hizo vibrar los cortinajes, al mismo tiempo que se llevaba las manos a la cara.

—¡No..., no...!

El seco estallido de una percutidora resonó en la estancia. El esbelto cuerpo de Iona adquirió de repente una tetánica rigidez y, de pronto, destruido todo su sistema nervioso de un solo golpe, se derrumbó al suelo, muerta antes de que yo pudiera hacer algo por ella.

Eché mano a mi daga, pero no pude hacer nada. Con una pierna en el antepecho del balcón, un hombre, cubiertas sus facciones por una máscara, me miraba con ojos llenos de un odio infinito. La negra boca de la percutidora empezó a titilar con aquella luz purpúrea que precedía al estallido. Me vi haciendo compañía a Iona antes de que pasaran cinco segundos.

CAPÍTULO IV



A muerte causada por una percutidora es instantánea, pero no por ello menos horrible. El proyectil se introduce en el cuerpo humano, estallando y liberando una súbita descarga vibratoria que desintegra totalmente el sistema nervioso, hasta punto, que no aparece el menor rastro del mismo cuando se efectúa la autopsia al cadáver de alguien que ha muerto de tal forma. El «shock» es brutal y, naturalmente, faltos los músculos de los impulsos nerviosos que los animan, la muerte es cuestión de pocos segundos, después de que se ha perdido el conocimiento apenas se ha recibido el impacto del proyectil.

Esto no se efectúa sin un considerable gasto de energía que es preciso reponer, y así, entre disparo y disparo se precisan algunos segundos, muy pocos, insuficientes, por tanto, para lo que yo quería. Antes de que hubiera podido saltar sobre el individuo que se hallaba a horcajadas en el antepecho del balcón, habría caído muerto.

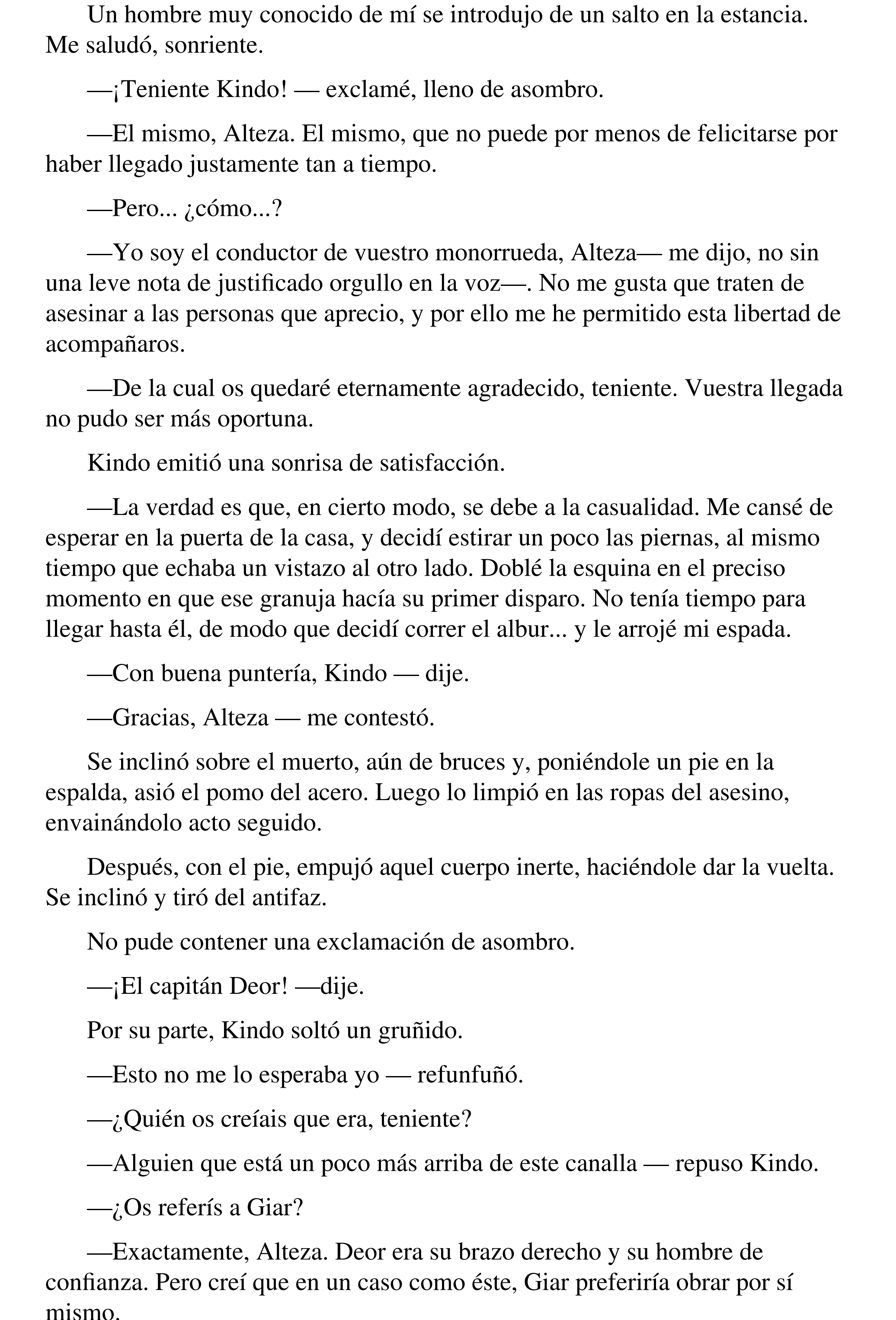
La luz purpúrea se intensificó. De pronto, se transformó en un cegador destello de luz, al mismo tiempo que mis tímpanos percibían el seco crujido del disparo.

Pero, contra lo que yo creía, permanecí en pie. Y tardé algunos segundos antes de que pudiera darme cuenta cabal de lo que me sucedía.

Súbitamente, mis ojos repararon en algo muy extraño. La punta ensangrentada de una espada asomaba por el pecho del enmascarado. Éste permaneció unos momentos en pie y luego soltó la percutidora, que cayó al suelo con metálico ruido.

El asesino intentó mantenerse en pie. Vaciló espantosamente unos instantes y al fin, arrojando una enorme bocanada de sangre por la boca, se vino hacia adelante, pataleando espasmódicamente unos segundos antes de quedarse definitivamente inmóvil.

Aquello me hizo salir de mi estupefacción. La espada que lo había fulminado no había sido arrojada al azar, sino por alguien que sabía bien lo que se hacía. Corrí hacia la ventana, y en aquel momento, unas manos fuertes aparecieron asiéndose del antepecho.



Un hombre muy conocido de mí se introdujo de un salto en la estancia. Me saludó, sonriente.

—¡Teniente Kindo! — exclamé, lleno de asombro.

—El mismo, Alteza. El mismo, que no puede por menos de felicitarse por haber llegado justamente tan a tiempo.

—Pero... ¿cómo...?

—Yo soy el conductor de vuestro monorrueda, Alteza— me dijo, no sin una leve nota de justificado orgullo en la voz—. No me gusta que traten de asesinar a las personas que aprecio, y por ello me he permitido esta libertad de acompañaros.

—De la cual os quedaré eternamente agradecido, teniente. Vuestra llegada no pudo ser más oportuna.

Kindo emitió una sonrisa de satisfacción.

—La verdad es que, en cierto modo, se debe a la casualidad. Me cansé de esperar en la puerta de la casa, y decidí estirar un poco las piernas, al mismo tiempo que echaba un vistazo al otro lado. Doblé la esquina en el preciso momento en que ese granuja hacía su primer disparo. No tenía tiempo para llegar hasta él, de modo que decidí correr el albur... y le arrojé mi espada.

—Con buena puntería, Kindo — dije.

—Gracias, Alteza — me contestó.

Se inclinó sobre el muerto, aún de bruces y, poniéndole un pie en la espalda, asió el pomo del acero. Luego lo limpió en las ropas del asesino, envainándolo acto seguido.

Después, con el pie, empujó aquel cuerpo inerte, haciéndole dar la vuelta. Se inclinó y tiró del antifaz.

No pude contener una exclamación de asombro.

—¡El capitán Deor! —dije.

Por su parte, Kindo soltó un gruñido.

—Esto no me lo esperaba yo — refunfuñó.

—¿Quién os creíais que era, teniente?

—Alguien que está un poco más arriba de este canalla — repuso Kindo.

—¿Os referís a Giar?

—Exactamente, Alteza. Deor era su brazo derecho y su hombre de confianza. Pero creí que en un caso como éste, Giar preferiría obrar por sí mismo.

Aquello me amoscó.

—Gracias por el honor que me dispensáis, teniente.

—Os presento mis excusas, Alteza. Pero siempre me ha gustado ser claro y explícito en mis palabras.

—¿Creéis que Giar lo envió aquí... a matarme, Kindo?

—¿Qué otra cosa se puede pensar, Alteza, a la vista de lo ocurrido?

—¡Hum! — mascullé, no muy convencido—. Mi opinión difiere un tanto de la vuestra, teniente.

—Os ruego la expongáis, Alteza.

—Está bien. Deor vino aquí a liquidar a Iona, como efectivamente lo ha hecho, enviado por Giar o quienquiera que haya sido, y se encontró conmigo.

—Y ya, de paso, quiso aprovechar la ocasión y matar dos pájaros de un tiro.

—Exactamente, Kindo.

—Me gustaría — masculló él teniente—, cortarle la cabeza y servírsela al coronel en una sopera. Se lo tiene bien merecido.

—No tenéis pruebas de que haya sido él el instigador de las acciones de Deor.

—Si tan seguro tuviera el ascenso... Bien, es indiscutible que Giar acabará por enterarse de lo sucedido a su esbirro. Yo soy teniente, Alteza; Deor era capitán.

—Pero Giar no os hará nada, Kindo. Sería tanto como descubrirse a sí mismo... caso de que haya sido él quien ordenó matar a Iona. Podéis dormir tranquilo, teniente. Y ahora, creo que sobramos aquí.

En tanto regresaba a Palacio, mi mente iba funcionando activamente sobre los últimos acontecimientos de los cuales había sido el principal protagonista. Pero, más que los atentados que se habían llevado a cabo contra mí, lo que me preocupaba era la misión que me había confiado mi hermano, el rey.

¿Por qué durante tanto tiempo me había tenido apartado de las cosas oficiales y ahora, de repente, me enviaba a Nared a pedir la mano de Zina? Pensándolo bien, nadie mejor que yo para desempeñar tal misión; pero, si nos atenemos a la línea de conducta que hasta entonces había seguido Groan, debiera haber enviado a su ministro de Asuntos Exteriores o a algún importante personaje por el estilo.

Repentinamente, una súbita sospecha invadió mi mente. No quise decirle nada a Kindo y, apenas estuve solo en mi habitación, consulté la carta estelar.

Mi propio hermano me lo había recomendado en la entrevista que habíamos sostenido en la mañana de aquel día. «Verás cómo encuentras en ella algo que te sorprende», me había dicho.

Sí, pensándolo bien, había allí una enorme sorpresa.

Dejando aparte a Ploysto, el último de los planetas habitados atacado por la «Muerte Negra», los demás estaban situados en una forma muy curiosa. Así, Haldión pertenecía al Sistema de la Estrella Doble, *Gamma*, de la Constelación del Auriga. Dimene, a K de los Gemelos, y Tekaron a Beta del León Menor, constelaciones todas de paso obligado en el viaje a que me veía obligado a hacer por mi hermano antes de concluirlo en la Cabellera de Berenice. No era realmente una línea recta, pero si era el único modo de llegar hasta Nared.

Además, había otra particularidad: el Lince quedaba entre los Gemelos y el León Menor. Thuran, el sátrapa de Lince, debía andar muy inquieto por la suerte que corrían aquellos planetas, además del poco gusto que debía demostrar por la pretendida alianza entre mi hermano y Trumbo.

¿Quién había provocado la «Muerte Negra» en aquellos planetas? Deliberadamente hago abstracción de Ploysto, ya que éste pertenecía a las Pléyades, aunque bien pudiera ser su destrucción un síntoma de que las cosas no empezaban a rodar bien para el reino de mi hermano; y Ploysto podía ser, también, una forma de envolvernos poco a poco con tan devastadora y mortífera arma.

No me pregunté el «cómo», sino «quién», lo cual, a mi juicio, era mucho más interesante. Si, durante mi viaje, el planeta en el cual debía hacer escala era atacado por la «Muerte Negra», ¿qué suerte iba a ser la mía?

Furioso, arrojé el mapa a un lado. Me puse en pie, y durante un buen rato me paseé nerviosamente por la habitación. Aquello, francamente, me tenía de malísimo humor.

No había más que una forma de desahogarlo. Salí de mi habitación y me dirigí a la de mi hermano.

El oficial que estaba de servicio en la puerta intentó detenerme.

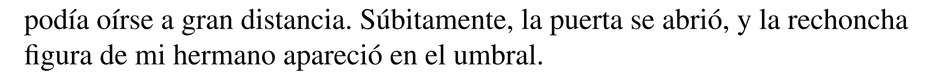
—Alteza — me dijo—, no se puede pasar. Su Majestad dio orden de que no se le molestara por ningún concepto.

—Eso no reza conmigo. Soy el hermano del rey.

—Lo siento, Alteza. Las órdenes que tengo no hacen excepción alguna.

—Lo que tengo que comunicarle es de la más vital importancia, capitán. Dejadme pasar o entraré yo a la fuerza.

El tono de mi voz se había ido elevando gradualmente, de tal modo que



podía oírse a gran distancia. Súbitamente, la puerta se abrió, y la rechoncha figura de mi hermano apareció en el umbral.

—¿Qué diablos quieres, Rían?

—Hablar contigo, Groan.

—Puedes hacerlo mañana, a la hora de...

—Lo que tengo que decirte no admite dilación alguna, Groan. Además, es muy posible que redunde en interés tuyo y, por lo tanto, de tu reino.

Mi hermano dirigió una enojada mirada al oficial y luego se hizo a un lado.

—Pasa — dijo, lacónico.

Una vez se hubo cerrado la puerta, caminó pesadamente hasta sentarse en un diván, al lado del cual había una mesita con servicio de licores y una bandeja con dulces. Había dos copas a medio llenar, lo cual me hizo fruncir el ceño. ¿Quién había estado allí? ¿Por qué tanto empeño en cerrarme el paso? La hora podía ser un tanto intempestiva, pero no al extremo de dar unas órdenes tan draconianas como las que había recibido el oficial de servicio.

Pero yo no había ido allí a averiguar la identidad de la persona que había estado haciendo compañía a mi hermano. Tenía otras cosas más importantes que decirle, y se las solté de un tirón, hasta casi perder el aliento.

—Mira este brazo — concluí, señalándole el que todavía tenía en cabestrillo—. Anoche estuviste a punto de quedarte sin embajador.

—Lo sé — me contestó fríamente, en tanto quitaba la envoltura de un dulce— Pero como todos los asesinos han muerto, ¿qué más puedo hacer yo para castigarlos?

—Averiguar quién les pagó para matarme. Soy tu hermano, ¿no?

Groan soltó una risita.

—Bueno, sí. Digámoslo de ese modo.

—Groan, yo no tengo la culpa de qué nuestro padre enviudara y se casara por segunda vez, ésta con una mujer que no llevaba sangre noble en las venas. Si no me quieres como hermano, dímelo; es mejor acabar de una vez que no tendiéndome emboscadas y trampas cobardes.

Los ojos de Groan chispearon de cólera. Iba a comerse otro dulce, y lo arrojó al suelo, pisoteándolo con furia.

—¡No te tolero que me hables así, Rian! Has olvidado por completo que soy tu hermano, y más que eso: el rey.

—Entonces hablaré con el rey. Considérame como un simple ciudadano

de Tierra Segunda y atiende mi petición, pues tu corona te obliga a ello. Quiero protección: no tengo ganas de andar asomando precavidamente la cabeza cada vez que haya de doblar una esquina.

—¡Tonterías! — bufó mi hermano—. Si no anduvieras metiéndote en líos a cada paso, tu tranquilidad sería infinitamente mayor.

—¿Líos?

—Sí. Estoy seguro de que los esbirros de anoche fueron pagados por algún pretendiente celoso que...

—¿Y el que hice prisionero? ¿Quién lo silenció para que no hablara? Y esta noche, ¿por qué han matado a Iona? ¿Por qué Deor quería liquidarme a mí?

Groan hizo un gesto de hastío y se tragó otro dulce.

—Quizá fuera el pretendiente en persona — dijo volublemente.

—¡Un cuerno el pretendiente! Fue a por Iona y al verme a mí, quiso disparar...

—Acaso no te conoció. Si acababa de cometer un crimen, es lógico que quisiera suprimir el único testigo presencial que había de ello.

Abrí y cerré los ojos antes de convencerme de que las palabras de mi hermano no habían sido una simple ilusión auditiva. Groan, impasible, cómodamente tumbado en el diván, proseguía devorando dulces.

—Está bien — dije, rabioso—. Ya he visto claro, y sólo necesitaba de tus palabras para quedar convencido de lo que siempre pensé.

—¿Qué es lo que pensaste, Rian, fuera del vino, la diversión y las mujeres bonitas?— dijo Groan sin mirarme.

Traté de mantenerme sereno.

—No te he gustado nunca, Groan —dije—. No te he gustado nunca, y desde que tienes la corona menos que nunca. Estás celoso de mí, de mi simpatía, de mi popularidad, y temes que en cualquier momento trate de arrebatarte el trono. Eso es lo que te hace, no tenerme antipatía, sino odiarme; no desear simplemente mi muerte, sino acelerar ese momento, sin importarte los medios para ello, ¿me has entendido?

Me llevé un chasco. Esperaba que Groan se levantase, arrojando venablos por su boca, y en lugar de ello se estremeció, echándose a reír.

—¡Iluso, pobre y vano iluso! — exclamó—. Tú, rey de Tierra Segunda.... Sí, admito que tú serías un buen rey, simpático, agradable, popular, amado del pueblo... Pero sólo durante un año, dos, a lo sumo, Rian, fíjate bien en lo que te digo, ¿Y qué ocurriría después? ¿No eres capaz de imaginártelo?

Groan calló un momento. Murmuré, desdeñosamente:

—¿Por qué no me lo dices tú?

—Con mucho gusto, querido hermano. Al cabo de ese tiempo, el reino se habría sumido en la mayor de las anarquías. Tus aduladores serían los que llevaran las riendas del gobierno y ellos serían quienes, a costa del pueblo, se forrarían los bolsillos, dilapidando, tú y ellos, en vuestras locas orgías, el tesoro público. Siguiendo así, tus gobernados empezarían a cansarse, a murmurar y... el estallido se haría inevitable. Las disensiones entre los planetas de nuestro sistema se harían cada vez mayores; estallaría una guerra civil; vendrían gentes de otras constelaciones para establecer la paz; se quedarían aquí... y el resultado final sería que nuestro pueblo caería en la más abyecta esclavitud. Ese es el panorama que preveo si tú reinas.

—¡Ya! — exclamé con duro sarcasmo—, Y para impedirlo no encuentras mejor medio que tratar de asesinarme, ¿verdad?

Por un momento, sus ojos, de blando aspecto y huidiza expresión, adquirieron la dureza del diamante más puro.

—Me bastaría llamar al oficial de servicio — dijo — y darle una orden para que te atravesara con su espada aquí mismo— y al acabar de hablar su grueso dedo índice se apoyó sobre un rojo pulsador que tenía uno de los brazos del diván.

—No te atreverías a ello —dije desafiándolo.

—¿Que no? ¿Quién iba a creer en otra cosa que no fueran mis palabras? Un ascenso aseguraría la lengua del oficial de servicio, y éste repetiría hasta la saciedad que te mató para impedir que tú me matases. ¿Ves qué cosa tan sencilla?

—Por supuesto..., para una mente de reptil como la tuya, Groan.

Se echó a reír nuevamente.

—Estoy acostumbrado a los insultos —dijo con toda frescura—, y no me hacen daño. ¿Crees que no sé lo que se murmura de mí por ahí? Anda, anda, ve a descansar y procura estar sano del todo para cuando emprendas el viaje a Nared.

—Un viaje acaso sin retorno —dije.

—¿Por qué? Tú eres joven, valiente, fuerte y decidido. No viajarás solo, sino que te acompañará una fuerte escuadra de Tierra Segunda, no tanto para proteger al hermano del rey como para darle el séquito que éste se merece, sobre todo llevando mi representación. Hemos de hacer un buen papel ante Trumbo, Rian.

—¿Ya estás seguro de que Trumbo te acepte como yerno?

Una chispa de cólera apareció en sus ojos, pero sólo fue durante un segundo. Luego volvió a sonreír untuosamente.

—¿Lo dices por mi aspecto físico? Sí, ya sé que no puedo compararme en apostura y gallardía contigo, mi querido hermano, pero está la razón de un Estado por encima de los sentimientos personales y Zina hará, sin dudarlo ni un instante, lo que su padre le diga.

—Muy bien — me incliné—. Puesto que lo dices así, así se hará. Sólo me resta pedirte perdón por las ofensas que acabo de inferirte durante nuestra conversación.

—Lo tienes concedido, hermano. Anda, ve a dormir, que buena falta te hace. ¡Ah!, tengo entendido que las naredianas son bellísimas. A ver si encuentras una que se sienta con fuerzas bastantes para hacerte sentar la cabeza. Me agradaría que volvieras de allí con un compromiso formal de matrimonio.

—A mí me daría cien patadas en la barriga — dije, y empecé a dar media vuelta.

En aquel momento Groan se incorporó un poco en el diván. Al hacerlo, su cuerpo dejó de ocultar algo que brilló esplendorosamente durante unos segundos: ¡el collar que Floria había llevado aquella noche en el hotel, durante la cena, ciñendo su hermosa cabellera!

No sé por qué, un velo rojo se interpuso ante mis pupilas. Dije, con sarcásticos acentos, en tanto que mi mano, tensada por la ira, señalaba las hileras de perlas:

—Groan, ¿estás seguro de que soy yo el único que necesita el matrimonio como remedio infalible para dejar de cometer calaveradas?

Se echó a reír con toda desfachatez, tapando el collar con un cojín.

—Las calaveradas no son patrimonio exclusivo do los príncipes de la sangre, Rian.

No contesté nada. Un repentino hervor de celos se agitaba en mi pecho y, sin añadir una sola palabra más, di media vuelta y salí con vivo paso de la estancia.

Antes de cerrar la puerta, empero, me llegaron a los oídos los burlones ecos de la sarcástica risotada con que me despedía mi hermano.

CAPÍTULO V



I hermano podría quererme o no quererme, pero de lo que no hay duda es de que sabía hacer las cosas bien. Desde Palacio hasta el astronave la carrera estaba cubierta por una imponente cantidad de soldados en traje de gala, conteniendo la multitud ávida de ver el desfile de la magnificente caravana.

Groan y yo íbamos juntos, en un monorrueda abierto, recibiendo las aclamaciones de la muchedumbre, aclamaciones que es obvio señalar hacia quién iban dirigidas. Un larguísimo séquito venía tras nosotros, aumentando con la vistosidad de los uniformes y el colorido de los trajes la belleza de la estampa.

Nos despedimos en el astropuerto, al pie del cohete que iba a ser la primera etapa de mi viaje hasta la Base Orbital, junto a la cual se hallaba el yate real «Sol», en el que, acompañado por dos docenas de poderosos cruceros, haría el viaje hasta Nared.

Mi hermano alargó su mano. Hube de estrecharla y la hallé fría, blanducha, sudorosa. Pero supe disimular la impresión que ello me causaba.

—Te deseo un feliz viaje, hermano — me dijo, en tanto centenares de cámaras de estereovisión tomaban las impresiones de aquel momento.

—Volveré acompañando a la futura reina de Tierra Segunda, Groan, y te empeño mi palabra de perder la vida antes que dejar que le suceda nada.

—Gracias, Rian; mas espero que no ocurra ningún incidente. Mi reino y yo te agradeceremos tus buenos oficios.

Me incliné profundamente, en tanto la plataforma ascensora me llevaba hasta el nivel de la escotilla de acceso al cohete. Abajo, las notas del Himno del Sistema resonaban majestuosas.

Un pelotón de marinos de las estrellas me presentó armas al transbordar al yate real desde la Base Orbital. Su comandante, el almirante Killian, se puso desde aquel momento a mis órdenes.

—Gracias, almirante — dije—. Por mi parte no tengo el menor inconveniente en partir en cuanto gustéis.

—Daré las órdenes oportunas para emprender la marcha al instante, Alteza — dijo Killian, quien al momento, y tras saludarme de nuevo, volvió a su cámara de mando.

Bien pronto se oyeron por los micrófonos las instrucciones pertinentes para el desatraque del yate de la Base Orbital. Poco a poco ésta se fue empequeñeciendo y no tardó en convertirse en un puntito brillantemente iluminado que no tardó en confundirse con la negrura del espacio.

Durante un buen rato permanecí de pie, silencioso, inmóvil, junto a la ancha lucerna de mi cámara, contemplando la plateada esfera que era nuestro planeta, ir disminuyendo de tamaño a medida que el yate iba acelerando en el vacío. Al fin, quedamos rodeados por completo por las estrellas que nos contemplaban impasibles desde la distancia.

No sé cuánto rato permanecí en aquella posición. Mi pensamiento estaba ocupado por cosas que, a decir verdad, tenían muy poco que ver con la misión que me había sido confiada. La realidad es que no podía apartarse de mi imaginación el recuerdo de Groan riendo sarcásticamente la última noche que habíamos estado juntos, hablando en sus habitaciones, y aún le veía tapando el collar de Floria con un cojín, pero sin disimulo alguno de su acción.

Sacudí la cabeza. ¿A qué preocuparse por una narediana más o menos hermosa, aunque Floria lo fuera extremadamente? Sí; acaso me conviniera hacer lo que mi hermano me había sugerido: encontrar alguna que me hiciera asentar la cabeza y dar por concluida definitivamente, con el matrimonio, mi alegre y despreocupada vida de soltero.

Súbitamente una chicharra zumbó en mi estancia, Me volví, viendo iluminada la lamparita roja del intercomunicador. Acercándome a él, moví el interruptor y en la placa visera apareció al instante el rostro del teniente Kindo, quien, a instancias mías, formaba parte de mi séquito.

—Alteza, hay una persona que desea veros. ¿Podéis recibirla?

No tenía nada que hacer, de modo que asentí con un gesto, cortando acto seguido la comunicación. Me despojé de la pesada capa de seda violeta, ornada de oro, colores de los príncipes de sangre real — solamente el rey puede llevar la púrpura — y la arrojé sobre un diván. Quedé solamente con una blusa y unos «shorts» de colores claros, sin más aditamentos, pues hasta el cinturón con la daga había dejado arrumbados encima de la capa.

Unos nudillos tocaron a la puerta.

—¡Adelante! — dije.

La puerta se abrió y... ¡Floria apareció en el umbral!

Respingué sin poderlo evitar. Cualquier cosa hubiera esperado menos aquello. Vi que una divertida sonrisa flotaba en el rostro de la muchacha, más

hermoso y atractivo que nunca. Y sus largos cabellos negros estaban ceñidos por aquel maldito collar de perlas que viera en...

Me enderecé, tomando un aspecto vagamente oficial.

—¿Qué es lo que hacéis a bordo del yate real? — inquirí.

Floria me hizo la reverencia que señalaba el protocolo.

—Alteza... No parecéis muy contento de verme a bordo de la misma nave que vos — murmuró.

Sus rojos labios seguían sonriendo.

Floria vestía una corta túnica de color azul brillante, ceñida por un ancho cinturón de plata, constelado de piedras preciosas, que le llegaba a las rodillas, y sus pies estaban calzados por unas diminutas sandalias del mismo material que el cinturón, de medio tacón, que aumentaban ligeramente su no pequeña estatura. La túnica estaba sujeta en uno de sus hombros por un impresionante broche de pedrería, y el otro hombro, redondo, perfecto, asomaba ligeramente por la abertura contraria de la prenda. En el brazo izquierdo se veían varios costosos brazaletes, cuyas piedras preciosas despedían continuos fulgores. Desde luego, su aspecto confirmaba las palabras de mi hermano: las naredianas eran hermosísimas, y Floria no dejaba de ser la mejor representación que hasta la fecha había visto de las mujeres de aquel planeta.

—Parece que habéis perdido el habla, Alteza — me dijo ella, sonriendo burlonamente.

Traté de recobrarme.

—Estaba pensando — dije — en que el volumen de vuestros negocios debe de ser muy grande cuando os permite esa ostentosa manifestación de joyas.

—¿Por qué no, si los beneficios son grandes, Alteza? Pero observo que vos, habitualmente correcto con las damas, os habéis olvidado de ofrecerme asiento. ¿Permitís que lo tome?

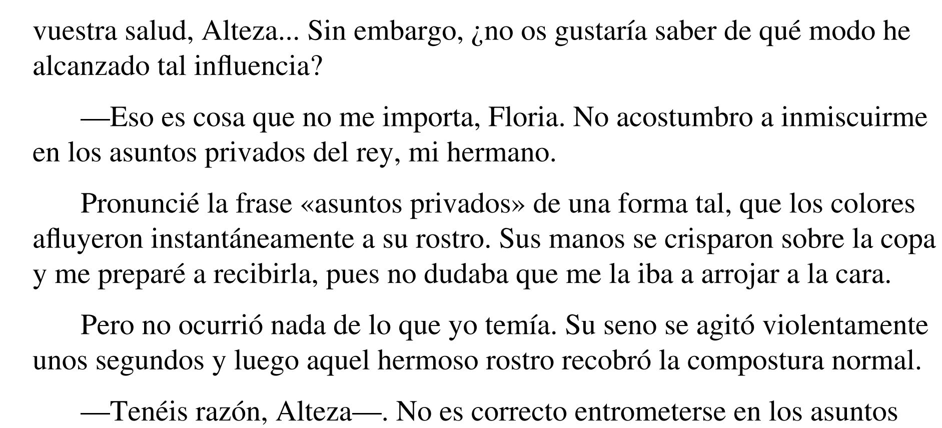
Se sentó en una esquina del diván, adoptando una lánguida postura.

—¿No me preguntáis cómo me las he arreglado para viajar en el yate real, Alteza? — inquirió.

Sonreía, sonreía sin parar, como si estuviera posando para un anuncio de un dentífrico.

—Supongo — dije, preparando bebidas —que es porque tenéis cerca del rey la suficiente influencia como para permitiros regresar a Nared a bordo de su nave.

—Eso es cierto. Alteza — dijo, y alzó la copa que le había ofrecido—. A



vuestra salud, Alteza... Sin embargo, ¿no os gustaría saber de qué modo he alcanzado tal influencia?

—Eso es cosa que no me importa, Floria. No acostumbro a inmiscuirme en los asuntos privados del rey, mi hermano.

Pronuncié la frase «asuntos privados» de una forma tal, que los colores afluyeron instantáneamente a su rostro. Sus manos se crisparon sobre la copa y me preparé a recibirla, pues no dudaba que me la iba a arrojar a la cara.

Pero no ocurrió nada de lo que yo temía. Su seno se agitó violentamente unos segundos y luego aquel hermoso rostro recobró la compostura normal.

—Tenéis razón, Alteza—. No es correcto entrometerse en los asuntos privados de ninguna persona, y menos si ésta es el rey en persona. En efecto — continuó—, le pedí me dejara regresar a Nared en el yate real y me lo concedió. ¿Veis que cosa tan sencilla?

—Seguro. Y con el importe de vuestro pasaje os compraréis alguna joya, ¿no es así?

—¿Por qué no, Alteza? Las alhajas me encantan, como a toda mujer, por supuesto.

—Debéis ser una comerciante muy hábil para ganar tanto dinero, Floria.

—Así es, en efecto. ¿O suponéis que la inteligencia es patente únicamente de las mujeres feas?

Aquello empezaba a cargarme ya.

—Acabemos de una vez — dije—. ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

—Una simple visita de cortesía, Alteza. De todas formas, si os molesté, estoy presta a retirarme inmediatamente.

—Lo único que quiero saber es si os trajeron algunos otros motives que los que acabáis de citar. En caso contrario...

Se puso en pie, despechada. Sus esbeltas líneas resaltaron a través de la ceñida túnica de plata azulada.

—Eso quiere decir que me despedís, Alteza. No es muy correcto por vuestra parte, si hay que decir las cosas con sinceridad.

—Siempre he procurado ser sincero, Floria. ¿Por qué habíais de ser vos la excepción?

—Por supuesto que no, pero ¿y con vuestro hermano?

—¿Qué insinuáis? — fruncí el ceño.

—Vais a Nared a pedir la mano de Zina — dijo—, y Zina es muy hermosa.

La sangre me hirvió en las venas.

—¡Salid, salid de aquí! — dije—. Me estáis insultando. No a mí, sino al rey.

Ella se echó a reír.

—El rey está muy lejos y no nos puede oír, Alteza.

—Estáis muy enterada de las cosas de gobierno de Tierra Segunda — mascullé, furioso.

—Por supuesto. ¿No sabíais que gozo de la confianza de su Majestad?

—No es necesario que me lo digáis. Pero no creí a mi hermano nunca tan imprudente como para confiar un secreto...

—¡Fuisteis vos mismo el que me lo dijisteis, Alteza! ¡Oh, qué desengaño, qué pronto habéis olvidado la agradable velada que pasamos en el Hotel de las Cien Galaxias!

—Da lo mismo — refunfuñé —. Entonces yo lo dije a alguien a quien creí amiga mía.

—¿Y no lo soy?

—No — repuse hoscamente.

Sus hermosos ojos centellearon un segundo.

—Alteza, os suponía muchas cualidades y, naturalmente, algunos defectos, pero entre éstos, con franqueza, nunca creí que figurara el ser desagradecido.

—Ya sé, ya sé; me salvasteis la vida. Pero...

De nuevo floreció en sus labios aquella burlona sonrisa. Se inclinó, haciéndome una reverencia.

—Alteza, lamento haber hecho esta visita, que estimé sería de vuestro agrado, en lugar de pensar que os podría causar alguna molestia. Procuraré no cruzarme en vuestro camino en tanto continuemos viajando.

No le contesté; estaba lleno de rabia y furor, y le volví la espalda despectivamente. Oí el suave chasquido de la puerta al cerrarse, y de nuevo volví a mi anterior e inmóvil postura.

De la cual me sacó al cabo de un rato que no puedo precisar el zumbido de llamada del intercomunicador.

Vi otra vez ante mí el rostro del almirante Killian.

—Alteza, con el respeto debido os sugiero vengáis a la cámara de mando. Tengo importantes noticias que comunicaros.

—Ahora mismo, almirante.

Salí de la estancia y me así a una correa transportadora que me llevó en contados segundos hasta el puente de mando. Una vez allí arrojé una indiferente mirada a la media docena de tripulantes que, sentados en sus cómodos sillones, manipulaban en los mandos de la nave, haciéndola seguir la órbita prefijada.

El almirante Killian me llevó hasta la astropantalla.

—Reduzcan la iluminación — ordenó, y al momento la luz se apagó, quedando únicamente los puntitos luminosos de las esferas graduadas de control. El espacio apareció ante nosotros, a través de las lucernas, más negro y opaco, más lúgubre y amenazador que nunca.

—Mirad, Alteza — me dijo.

Arrugué el entrecejo, en tanto contemplaba aquel colosal círculo de vidrio deslustrado que era la astroplaca, en el cual se veían dos docenas de brillantes puntos luminosos, que se desplazaban a gran velocidad en el espacio. La mano de Killian agitó un puntero.

—Éstas — dijo — son nuestras naves de escolta. Aquí... — y durante unos momentos se enfrascó en una pesada disertación astronómica, que me llenó de hastío.

No obstante, procuré no manifestarlo. Al cabo de un par de minutos Killian dijo:

—...y aquí, en este sector del cielo, tenía que estar Aicrag.

—¿Aicrag? — repetí, un tanto estúpidamente.

—Sí, Alteza, y es en las proximidades de ese planeta donde debíamos iniciar el salto interestelar que nos llevaría a las proximidades de nuestra primera etapa.

—¿Y bien?

—Pues que Aicrag debía verse en la astroplaca... ¡aquí!... ¡y no está!

Me volví, mirando a Killian.

—Explicaos mejor, almirante — dije, ceñudo.

—Alteza, acabaré más pronto si es digo que Aicrag acaba de ser atacado por la «Muerte Negra».

—¿Eh? ¿Cómo decís?

—Lo que estáis oyendo. La «Muerte Negra» es producida por un agente, de naturaleza desconocida para nosotros hasta ahora, que vuelve completamente opacas las moléculas de la atmósfera del planeta que es

atacado por tal calamidad. Naturalmente, la luz no puede pasar a su interior y los rayos calóricos ven disminuida notablemente su potencia. Resultado: el frío invade la superficie de dicho planeta y el exterminio de todo ser viviente es cuestión de días, mejor dicho, de horas.

—¿Y cómo sabéis con tanta certeza que Aicrag está padeciendo la «Muerte Negra», almirante? ¿No será algún error que...?

Killian meneó enérgicamente la cabeza.

—Siento contradeciros, señor; pero en el caso presente no hay error posible. Nos hallamos aún a cincuenta millones de quilómetros de distancia de Aicrag, y su imagen tendría que reflejarse limpia, nítida, en la astroplaca. Contaba con ella como punto de referencia para ordenar el salto interestelar, pero ahora...

Me mordí los labios, pensativo.

—Es raro — dije, como hablando a solas—. Y, sobre todo, tan curiosa coincidencia...

Killian interrumpió mis pensamientos.

—Tendremos que perder algo más de tiempo, Alteza. He de buscar un nuevo punto de referencia en el espacio.

—Bien, bien — dije, sin dejar de contemplar la astroplaca—. Eso es cuenta vuestra, almirante; tenéis plena libertad para dirigir el viaje...

Durante un momento los dos guardamos silencio. Súbitamente pregunté:

—Habéis dicho antes que la «Muerte Negra» es debida a la opacidad de las moléculas atmosféricas, ¿no es así?

—Cierto, Alteza.

—Pero, que yo sepa, eso, hasta ahora, no pasa de una simple suposición.

—Pues... sí, claro. Pero es que no hay otra explicación posible del fenómeno, Alteza. Es la única teoría lógica.

—¿Y la opacidad de la atmósfera, que no deja pasar la luz, ni apenas el calor, es tanta que impida también la transmisión radial?

—Supongo que no, aunque ello no está confirmado todavía, Alteza.

Una sonrisa apareció en mis labios.

—Killian, ¿qué os parecería si ahora lo confirmáramos?

El almirante se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué estáis diciendo? ¿Qué idea se os ha ocurrido, Alteza?

—Sencillamente, una cosa: que ésta es la mejor ocasión que nunca se nos haya presentado para estudiar tan extraño fenómeno. Y que si no lo estudiamos, ¿cómo podremos combatirlo si llega el caso? ¿Qué ocurriría si la «Muerte Negra» atacase a Tierra Segunda?

Killian se estremeció. Supe al instante que estaba pensando en su hermosísima esposa, de la cual estaba locamente enamorado, y me imaginé sus temblores al pensar en que la mujer pudiera morir congelada al faltar en nuestro planeta el vital aliento del Sol.

—Sería horrible... —murmuró.

—Pues bien, vamos a evitarlo.

Killian se asombró.

—¿Cómo, señor?

—Prepararéis un bote espacial y un equipo de marinos de las estrellas que mandaré yo. Desembarcaremos en Aicrag y...

Los ojos de Killian se llenaron de horror, exclamando:

—Alteza, no podéis hacer tal cosa. Es buscar una muerte que...

—Eso es algo impreciso, almirante, que todavía está por ver. Yo no paso de largo por Aicrag sin saber qué es lo que ocurre con toda exactitud en este planeta.

Killian aún opuso:

—Pero podéis morir, Alteza. Y estáis cumpliendo una misión que...

—Aicrag — respondí con firmeza—, es un planeta de nuestro sistema, y debo averiguar qué es lo que pasa. Almirante, haced lo que os ordeno. Ah, y que la tripulación que venga conmigo que sea compuesta de voluntarios. Supongo que el teniente Kindo querrá venir también conmigo, de modo que hacedle partícipe de mis órdenes.

Mis palabras eran tan concretas, tan irrefutables, que el pobre Killian no tuvo opción. Inclinó la cabeza y salió de la cámara.

Una semana más tarde, yo, el teniente Kindo y media docena de voluntarios nos hallábamos ya en el bote espacial, abarloado al costado del yate real, a una distancia de cien mil kilómetros escasos de Aicrag, cuya redonda mole era ahora solamente un disco negro, más que el espacio, que ocultaba las estrellas que había tras él de un modo que no dejaba lugar a dudas. Su negrura era total, absoluta, aún más que la del vacío que nos rodeaba, y su aspecto no podía ser más siniestro y deprimente.

CAPÍTULO VI



AÍMOS a plomo hacia aquel negro abismo que se abría a nuestros pies. Aunque no sé si caer es la palabra exacta, puesto que en el espacio no hay arriba ni abajo, sino solamente un punto, sea cual sea, hacia donde encaminarse. Pero estamos dominados por una serie de convencionalismos, de los cuales es muy difícil desprenderse, y por ello he empleado el verbo caer, como definitorio de nuestra acción.

A medida que nos íbamos acercando a Aicrag la oscuridad aumentaba. El enorme disco negro del planeta iba creciendo por momentos, ocultándonos con su enorme y tenebrosa mole las estrellas que podían darnos algo de luz.

Éramos siete los expedicionarios, y ya habíamos salido del yate real completamente equipados, puesto que el bote espacial no era del tamaño apropiado para grandes empresas. Precavidamente, nos habíamos puesto las escafandras, no tanto de vacío, como térmicas, previendo quizás una temperatura que sin ropajes adecuados no habríamos sido capaces de soportar.

El propio Kindo se encargó de la conducción de la navecilla. Súbitamente ésta se movió un poco. Entrábamos ya en la atmósfera de Aicrag.

Kindo redujo la marcha mediante los chorros en sentido inverso, para que la temperatura, al frote con la atmósfera, no se elevara demasiado, y así, al cabo de unos momentos, volábamos en forma planeada sobre la superficie de aquel mundo que parecía muerto.

La oscuridad se hizo impenetrable. Kindo encendió los reflectores de proa, pero la potencia de los haces de luz se disolvía en las tinieblas a menos de veinte metros delante de nosotros. Se volvió hacia mí.

—Alteza — dijo, hablando por la radio, ya que no podía hacerlo de otra manera, puesto que todos llevábamos puestos los cascos—, acaso tengamos algún inconveniente para aterrizar.

¿Por qué?

—He de hacerlo a ciegas, valiéndome de los instrumentos. Como veis, la luz apenas si nos sirve para nada.

Asentí con un gesto, y Kindo se aplicó al manejo del bote. Poco a poco, a medida que íbamos perdiendo altura, notábamos la resistencia del aire que era mayor. La velocidad de la navecilla fue frenada en gran manera mediante intermitentes, pero continuados disparos de los chorros de proa. Los ojos del teniente estaban fijos en el altímetro y en la pantalla de radar, en la cual se veían claramente los obstáculos que presentaba el suelo de Aicrag.

Un espacio llano se presentó ante nosotros y, sin vacilar, Kindo se lanzó hacia él. La navecilla saltó y rebotó unas cuantas veces, y al fin se inmovilizó. Un colectivo suspiro se escapó de todos nuestros pechos.

Permanecimos un momento inmóviles. Luego, Kindo alargó la mano para mover el interruptor que abriría la portezuela del bote, pero le detuve.

—Comprobad antes la temperatura exterior. Es algo que nos interesa en sumo grado.

—Tenéis razón, Alteza — dijo, y durante unos segundos manipuló en el complicado tablero de instrumentos.

Un momento después lancé un silbido.

—¡Ochenta y cinco grados bajo cero!

—Sí, Alteza; tal es la marca del termómetro.

—¡Diablos! —rezongué — Ahí fuera no debe de quedar nadie con vida.

—Es lo más lógico, Alteza,

—Bueno, que me cuelguen si entiendo cómo producen el oscurecimiento de la atmósfera. Lo cierto es que no puedo verme la punta de la nariz

Tenía razón. La oscuridad era total, absoluta, impenetrable, aunque mejor que oscuridad podría decirse, y nunca mejor aplicada la frase, una total ausencia de luz. Y como la atmósfera, naturalmente, era mucho más densa en la superficie que a diez kilómetros por encima de nosotros, las tinieblas, por lo tanto, eran de un espesor superior a las que habíamos comprobado apenas nos habíamos sumergido en la capa atmosférica de Aicrag. Arriba, con los reflectores de la navecilla, podía verse a veinte o veinticinco metros; aquí, en el suelo, la distancia visible no alcanzaba los cinco metros.

—Bueno — exclamé, tomando una bolsa en la cual, precavidamente, me había llevado algunos objetos—, es hora de salir ya.

—Alteza, ¿tenéis que darnos algunas instrucciones?

Medité un segundo.

—Sí. Debemos caminar todos juntos, con los proyectores individuales encendidos. Es preciso dejar la radio del bote en funcionamiento, de modo que emita un destello determinado que nos sirva de guía para nuestro regreso.

De lo contrario, corremos el riesgo de extraviarnos.

—Así lo haré, Alteza.

Diez minutos más tarde todos estábamos fuera de la navecilla, con nuestros reflectores individuales, situados en la parte superior del casco, iluminando el camino que teníamos ante nosotros, pero solamente en un cortísimo trecho. El inconveniente de la bajísima temperatura exterior quedó obviado por las baterías térmicas de nuestros trajes.

Echamos a andar. El suelo estaba ya completamente helado y crujía bajo nuestras pisadas de modo siniestro. Árboles y plantas estaban recubiertos de una dura capa de hielo, producida por la congelación del vapor de agua atmosférico.

El silencio era absoluto. Impresionados por lo que veíamos, ninguno nos sentíamos con fuerzas para hablar. Caminábamos despacio, con la cabeza inclinada, alumbrando con el foco de nuestros reflectores el espacio donde poníamos los pies. Dos metros más allá no sabíamos si el suelo era llano o se abriría algún abismo ante nosotros.

Dos horas más tarde llegamos a una ciudad. La primera noticia que tuvimos de que estábamos en presencia de lo que fuera un centro habitado fue un cadáver en el suelo. Era el de un muchacho, apenas un adolescente, retorcido, convulso, rígido como una tabla a consecuencia del frío, Sus ojos mostraban una tremenda expresión de horror, y Kindo se inclinó hacia él.

Le tomó por un brazo y el miembro se quebró, con seco chasquido. Alguien chilló, espeluznado. Kindo soltó una maldición.

Continuamos avanzando. El pavimento era ahora completamente liso, como correspondiente a una gran ciudad. Pero el suelo estaba sembrado de cadáveres, todos ellos en macabras posturas, indicadoras de la horrible muerte que habían padecido.

—¡Y lo bueno del caso — gruñó el teniente — es que se puede respirar esta atmósfera!

—No os lo aconsejo — dije—. Utilizad únicamente el aire de los depósitos individuales. Respirar un aire de una atmósfera que está a ochenta y cinco grados bajo cero podría congelaros los pulmones instantáneamente.

El panorama era tan siniestro como deprimente. Los muertos abundaban por doquier y jamás con mayor propiedad podía haberse aplicado a aquel planeta la frase de que era un cementerio total. Con lo que estábamos viendo allí, había más que suficiente para pensar que toda vida había quedado extinguida de raíz.

Durante un buen rato caminamos en silencio, hasta que, de pronto, un gran edificio nos cerró el paso. Su colosal tamaño y la peculiar forma de su

construcción nos indicó al instante el objeto para el que había servido. Era el palacio del Regente de Aicrag.

El suelo de las inmensas salas estaba lleno de muertos también. El frío los mantenía perfectamente conservados, en las mismas posturas en que les sorprendiera la muerte, y la mayoría de ellos conservaban todavía las ricas joyas y preseas que indicaban haber pertenecido a la corte del Regente. Había allí varias fortunas, una sola de las cuales hubiera bastado para enriquecer de por vida a un hombre.

Nos detuvimos allí un momento. Yo saqué varios de los instrumentos y estuve manipulando en ellos un rato. Al cabo, di mi labor por concluida y me incorporé.

En aquel momento, alguien me tocó el hombro.

—¡La luz, Alteza! —oí, en voz muy baja.

Moví el interruptor, apagando el reflector. Los demás hicieron lo mismo. Teníamos un muro cerca, y a tientas, nos adosamos a él, guardando un absoluto silencio.

Unas vagas chispas de luz amarillenta se vieron a lo lejos, danzando fantasmagóricamente, como fuegos fatuos. Rumor de voces y sarcásticas carcajadas nos llegaron a los oídos, transmitidas por nuestros receptores individuales.

Las luces se hicieron más fuertes a medida que se iban acercando. Pero no se aproximaban de una manera uniformemente continua, sino más bien irregular, deteniéndose con frecuencia.

Contuvimos el aliento, tratando de averiguar qué era lo que pretendían aquellos individuos, cuya identidad, por el momento, desconocíamos, aunque sí estábamos seguros de que en forma alguna pertenecían a Tierra Segunda.

No tardamos en averiguar los motivos de su presencia allí. Más que sus risotadas, consecuencia de los soeces comentarios que entre sí hacían, nos lo dijeron sus acciones. Aquellos individuos eran, ni más ni menos, unos ladrones que estaban forrándose con el botín que allí había.

Las joyas, las alhajas, las preseas de todo género que aún conservaban los cadáveres, iban pasando a los saquetes de que cada uno de ellos iba provisto. Era una labor lenta, pero metódica, ya que no dejaban nada al azar.

El pecho me hirvió de cólera. Ahora ya no me cabía duda alguna de que la «Muerte Negra» no era un fenómeno natural, sino provocado por alguien con mentalidad de superasesino, a quien le importaba muy poco que murieran unos centenares y aun unos miles de millones de inocentes seres, con tal de obtener un fabuloso lucro personal.

Pero no estábamos en condiciones de castigarlos, cuando menos en

aquellos momentos. Lo único que cabía hacer era retirarnos en silencio, procurando no ser vistos, y ganar nuestro bote, que nos llevara al espacio en donde, quizá, pudiéramos averiguar cómo y de qué manera, además del lugar de procedencia, habían llegado aquellos forajidos a Aicrag. Esto es lo que pensé, y toqué el hombro de mi compañero más cercano, con el fin de indicarle mis deseos de retirarnos de allí, con el mayor sigilo.

Sin embargo, mis planes no salieron como yo había deseado. Un inoportuno incidente los echó a rodar, de la manera más estúpida que pueda imaginarse.

El reflector de uno de aquellos bandidos golpeó súbitamente el rostro de un cadáver; una mujer, de incomparable belleza, la cual había muerto a cortísima distancia de nosotros. La mujer estaba aún sentada y su rostro, por una casualidad, apenas estaba deformado por la agonía de los últimos momentos. Un enorme collar de diamantes, de casi diez centímetros de ancho, ceñía su esbelta garganta.

El forajido se arrodilló, tratando de hallar el cierre de aquel collar, cuyo precio era incalculable, no solamente por el trabajo artístico en sí, sino por la cantidad de gemas que lo adornaba. Pero el cierre se resistió o bien las manos del bandido, cubiertas por los guantes térmicos, eran un poco torpes.

El individuo se impacientó y soltó una obscena exclamación. La resistencia del collar a abrirse, le hizo montar en cólera y, sin poderse contener, lo asió, tirando bruscamente de él. Entonces ocurrió algo espeluznante.

La cabeza de la mujer fue arrancada de los hombros, quebrándose la garganta como si hubiera sido de frágil vidrio. Rodó por el suelo y, convertida en algo muy quebradizo por el tremendo frío que allí reinaba, se fragmentó en multitud de pedazos.

El bandido se irguió, satisfecho, con el collar en la mano, riendo estruendosamente. Y junto con sus risas, percibí en el interior de la escafandra un agudísimo chillido.

En el mismo instante, una percutidora tableteó secamente. Alcanzó de lleno al forajido, que se estremeció un segundo, y luego se desplomó fulminado al suelo.

Durante unos instantes, muy pocos, permanecí atontado, estupefacto, sintiéndome incapaz de moverme de mi sitio, un tanto por la horrible escena que acaba de presenciar, como porque había reconocido a la persona que lanzara el alarido.

—¡Floria! ¿Qué hacéis aquí? — grité, y un segundo más tarde me había arrepentido de mis palabras.

Pero la cosa ya no tenía remedio. La alarma estaba dada y los forajidos

sabían de nuestra presencia en aquel lugar.

Las luces, que indicaban la presencia de más bandidos, se agitaron, revoloteando, acercándose cada vez más a nosotros. De momento estábamos resguardados por las tinieblas, pero era inevitable que había de llegar el momento en que fuéramos descubiertos. Y no era preciso ser un lince para adivinar la suerte que íbamos a correr.

Más bandidos se concentraron en aquel punto. Puesto que habíamos sido descubiertos, no me importó ya hablar, sabiendo que no podrían descubrirnos orientándose por el origen de la voz, puesto que ésta quedaba disimulada por el hecho de que era transmitida por la radio.

—¡Corramos! ¡Aquí no tenemos nada que hacer!

Pero no me dio tiempo a concluir mis palabras. Uno de los bandidos me enfocó con su reflector, a cortísima distancia del lugar en que me hallaba.

La luz me deslumbró, mas no tanto que no pudiera ver la percutidora que llevaba en la mano. Yo también iba armado, pero llegaría tarde.

En aquel momento sonó un estallido, el individuo se desplomó como una masa. Floria había disparado de nuevo, y con certera puntería. Un coro de coléricos aullidos nos desgarró los tímpanos.

Durante unos momentos no se percibió en aquel lugar otra cosa que el trallazo de las percutidoras, tableteando incesantemente. Disparé, alcanzando a otro bandido, y fulminándolo en el acto. Instantáneamente cambié de lugar.

Lo hice para no ser descubierto por el relámpago de mi disparo. Y mis hombres hicieron lo mismo, en tanto que, ordenadamente, emprendíamos la retirada.

Un pelotón de bandidos se arrojó sobre nosotros, pero fue contenido por una descarga cerrada que tumbó por el suelo a media docena de ellos. Esto les hizo vacilar visiblemente y se reagruparon, como si trataran de celebrar un consejo de guerra.

Dado que aquellos individuos habían ido allí con el decidido propósito de dedicarse al saqueo, no era presumible que trataran de enzarzarse en un combate, en el cual, si bien tenían muchas probabilidades de salir victoriosos, también era cierto que muchos de ellos podían morir. Y si morían, ¿de qué les iban a servir aquellos tesoros?

Aprovechándonos de aquella indecisión, emprendimos la retirada. Lo hicimos con los proyectores apagados, ciegos, sumidos en las tinieblas, tropezando, cayéndonos a cada instante, pero ganando terreno, por poco que fuera.

Sin embargo, no estábamos fuera de peligro. Una voz estridente rechinó en nuestros oídos.

—¡Hay que atraparlos vivos! ¡Quiero saber quiénes son y de dónde vienen! ¡Necesito uno de ellos por lo menos!

La voz tenía un indudable aire autoritario, puesto que pronto sentimos, por la vibración del suelo, que los bandidos corrían tras nosotros. Nos agazapamos en una esquina, confiado en que las tinieblas nos servirían para ocultarnos.

Súbitamente, de algún sitio partió un rayo de blanquísima luz, de enorme potencia, infinitamente superior a la de nuestros proyectores individuales. Comparado con la que hubiera alcanzado en circunstancias normales, la distancia a que llegaba era ridícula, apenas unos cien metros, mas suficiente, sin embargo, para descubrirnos, si no andábamos listos. Y estaría a unos veinticinco o treinta metros, quizá menos, de nosotros.

El que manejaba el proyector lo hizo girar lentamente, barriendo el espacio frontero con la luz. Era cuestión tan sólo de segundos el descubrirnos y no teníamos tiempo de buscar otro lugar donde escondernos; nos hallábamos situados al pie de un larguísimo muro, completamente liso y desprovisto de puertas y ventanas.

Alcé las manos, tanteando la pared, por ver si hallaba algún hueco en el que escondernos. Con gran asombro por mi parte, lo encontré a los pocos segundos.

—¡Aprisa! — dije—. Por aquí.

Floria y los demás no se hicieron esperar. Aquello parecía ser un enorme ventanal que daba a un lugar desconocido para nosotros. Saltamos precipitadamente al otro lado, en el instante exacto en que el foco de luz impactaba en el lugar que acabábamos de abandonar.

No nos quedó otro remedio que encender los proyectores para poder orientarnos. El suelo era liso y, siguiendo la base de la pared, llegamos a una puerta que daba, indudablemente, a la calle posterior.

Empecé a ponerme nervioso. Aquellas tinieblas, tan intensas, sin traza alguna de disminuir en intensidad, eran capaces de poner a prueba los nervios del más templado. Nos parecía estar sumidos en un colosal frasco de tinta china.

Hallando el camino libre, salimos fuera y echamos a correr, muy agrupados, orientándonos por la intermitente llamada de la radio a nuestro bote. Y, al mismo tiempo, percibíamos los gritos de rabia y furia de los bandidos perseguidores, defraudados al no hallarnos.

Largo rato fue el que transcurrió en tanto caminábamos. Además de lo que nos había ocurrido, cosa que, precisamente, no me había puesto de buen humor, existía el hecho de que Floria estaba allí, a mi lado, no contraviniendo mis órdenes, porque no había dado ninguna en tal sentido, sino estorbando e

impidiendo nuestra libertad de acción. No tenía otro deseo que llegar a lugar seguro, para averiguar los motivos que la habían impulsado a venir con nosotros a Aicrag.

Al cabo de un tiempo, que nos pareció interminable, supimos que ya nos estábamos acercando al bote. Pero entonces ocurrió algo inesperado: ¡la señal de radio cesó bruscamente! Acabábamos de perder el único lazo de unión con nuestra nave, extraviada en medio de aquellas negruras.

Aquello me puso los pelos de punta. Y a mis compañeros también.

Corrimos desesperadamente hacia el lugar en que había quedado la navecilla, oprimido el corazón por la garra de un siniestro presentimiento.

Este presentimiento se confirmó cinco minutos más tarde, al comprobar que el bote espacial ya no estaba allí. Fuera del modo que fuera, había desaparecido como si jamás hubiera existido.

CAPÍTULO VII



L panorama que se nos presentaba no podía ser más sombrío. Y no lo digo por las absolutas tinieblas que nos rodeaban, sino porque, de no ocurrir algo parecido a un milagro, estábamos condenados irremisiblemente a muerte.

Nuestros depósitos de aire contenían provisión para veinticuatro horas, poco más o menos. Pero lo más probable era que la batería térmica se agotara antes de ese tiempo, con lo cual no llegaríamos a morir de asfixia, porque antes habríamos perecido congelados. El aislamiento del traje podría servirnos algún rato después de que las baterías hubieran dejado de funcionar, pero era inevitablemente que el intenso frío que reinaba en la superficie de Aicrag acabara por llegar hasta nosotros.

Furioso, irritado conmigo mismo por la estupidez cometida, me senté en el suelo. Los demás, poco a poco, me imitaron, en silencio.

—No debéis preocuparos, Alteza — dijo Kindo—. En la nave advertirán nuestro retraso y enviarán una patrulla de descubierta para buscarnos.

—Sí — murmuré con sarcasmo —, y nos encontrarán apenas desembarquen. Como si no quedaran unos cuantos miles de millones de kilómetros cuadrados en la superficie de Aicrag, en cualquiera de los cuales podemos estar... o no estar.

—Bueno —dijo entonces Floria—, ese es un riesgo que debemos correr.

—Tú —dije suprimiendo el tratamiento, sin darme cuenta—, podías haberlo evitado. Cometiste una estupidez...

—Alteza, que soy una mujer — me dijo, y la vi sonreír bajo el sector transparente de su casco, pues tenía enfocado hacia ella mi proyector.

—Precisamente por eso — refunfuñé—. Un hombre no se hubiera metido en dónde no ha sido llamado.

—Recordad que los otros cinco que quedan vinieron voluntarios.

Era verdad, y me mordí los labios, furioso. Pero no podía hacer nada. No iba a colocarla boca abajo, sobre mis rodillas, y darle una buena tunda,

¿verdad? Esto era lo que se merecía, pero...

—Bueno, bueno — dijo entonces alguien, dueño de un poderoso vozarrón —. Todavía estamos vivos, que yo sepa, ¡qué demonios! Esos bandidos se han llevado nuestro bote, pero acaso traten de volver. No olvidemos que se oyó una voz recomendando hacer un prisionero cuando menos.

—¡Kyro! — exclamé aturdido por la sorpresa—. ¿También tú aquí?

Una sonora carcajada me estalló en los tímpanos.

—¡Pues claro! —rió el gigante—. ¿No soy el secretario y el guardaespaldas de la... de Floria? Mi deber y mi obligación, puesto que para ello me pagan, es estar a su lado en todo momento.

—Sois unos entrometidos — mascullé—. Vosotros no teníais por qué estar aquí.

—Pero estamos, y eso es lo importante por ahora — dijo ella—. Alteza, ¿no tenéis formada alguna opinión acerca de la identidad de esos forajidos?

—Lo único que sé es que, si tú te hubieras quedado quieta, podríamos haber salvado el pellejo.

—Lo siento — murmuró Floria contrita—. Pero ver cómo aquel bandido destrozaba la cabeza de aquella hermosa mujer... fue algo más fuerte que yo, y no me pude contener.

—El fulano no hizo otra cosa que llevarse su merecido, Alteza — terció Kyro—. La lástima es que no hayamos podido liquidarlos a todos.

—Acaso no hayan sido ellos los que se llevaron el bote — sugerí.

—Entonces es que no están solos por estos alrededores — dijo Floria.

—¿Lo crees así?

—¿Por qué no? Vinimos de una manera muy rápida, todo lo que pudimos. No creo que ellos fueran capaces de rebasar nuestra marcha.

—Entonces, los que se llevaron la navecilla vinieron aquí atraídos por las señales de radio del bote — dije.

—Con toda seguridad — convino ella.

—Pero... ¿de dónde? ¿Quiénes son? ¿Qué interés pueden tener en...?

Floria soltó una amarga carcajada.

—Es una serie de preguntas que ahora tienen una imposible respuesta — dijo.

Solté un bufido de desencanto. Pero, súbitamente, se me ocurrió una idea

—¿No se tratará de los hombres de Thuran, el sátrapa de Lince?

—¿Por qué habían de ser ellos precisamente?

—A Thuran no le agradará saber el proyecto de alianza entre mi hermano y Trumbo.

—¿Y ha de estar ya enterado de las pretensiones de Groan?

—Ha tenido tiempo más que suficiente para ello — murmuré—. La salida de Tierra Segunda se hizo en forma más bien aparatosa. Y se anunció a los cuatro vientos, a todos los planetas del reino de las Hyades.

—Sí — musitó Floria—, pudiera ser... De todas formas — agregó con viveza—, puede impedir que el mensajero del rey llegue a su destino; pero, si no provoca una guerra total, no veo cómo puede impedir que Zina y Groan acaben contrayendo matrimonio.

—¡Hombre! — exclamé—. Estás muy segura de que Zina aceptará al rey.

—Eso es algo que se ve con sólo tener un poco de sentido común. Cuando un hombre como Groan da un paso de forma tan espectacular, es que cuenta con el noventa y cinco por ciento de probabilidades de ser aceptado.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—¿Qué es lo que sé, Alteza?

—Tus palabras me hacen deducir que ha habido negociaciones preliminares para el establecimiento de la alianza.

Floria soltó una cristalina carcajada, que tuvo la virtud de hacerme crispar las manos dentro del termotraje.

—Pero, tont... digo, Alteza, si eso se ve solamente con pensar un poco. ¿Para qué si no tanto bombo y aparato?

Mascullé una imprecación. Floria tenía toda la razón del mundo. Pero a mí se me había mantenido ignorante, apartado de todo, hasta el último momento.

—Mi hermano no tenía confianza en mí — me lamenté amargamente.

—¿Y quién la hubiera tenido en un hombre que solamente piensa en divertirse, esgrimir su espada y hacer el amor a las mujeres? ¿Cuándo se os ocurrió siquiera que vuestro puesto os obligaba a evitar cometer actos de los cuales debierais haberos privado solamente por el hecho de haber nacido en Palacio?

—¡Ésta sí que es buena! Tú, una comerciante de Nared, metiéndote a moralista. ¿Y qué diablos podía hacer, si mi hermano no me daba ningún empleo? ¿O es que no sabéis recordar los intentos de asesinato de que he sido objeto, acaso por parte suya?

—Estáis insultando al rey, Alteza —se amoscó Floria.

—El rey es mi hermano — dije rabioso.

—Pero ello no os priva de guardarle el respeto que le debéis.

Me eché a reír.

—Ah, ya... Me había olvidado que tú y él sois grandes amigos. La amistad llevada a tales limites es un sentimiento que te honra mucho, Floria.

—Muchas gracias, Alteza. Pero os digo...

—¡Eh, eh! — terció entonces Kyro—. Muchacha, repara con quién estás hablando y no pierdas los estribos. Estás hablando de respeto para con un ausente, y tú no lo sabes guardar tan siquiera con un presente. Floria, contén tus nervios.

—Dispénsame, Kyro — dijo ella, humildemente. Luego se volvió hacia mí—: Os pido perdón, Alteza. Recordad, en todo caso, mi condición de mujer.

Aquello me amansó bastante.

—Eres tú la que debes dispensarme, Floria. Tienes razón; había olvidado que eres una mujer.

Después de aquello, hubo unos momentos de silencio. Continuamos en la misma postura, callados, sumidos cada uno en sus particulares meditaciones, las cuales, como es de suponer, no tenían nada de agradables.

Repentinamente, algo nos sacó de aquel macabro éxtasis en que habíamos caído. Un rayo de luz atravesó las tinieblas.

Debía de ser muy potente, porque fue lo suficientemente intenso para iluminar el lugar en que nos hallábamos, aunque sí fue de muy corta duración, puesto que se extinguió apenas aparecido. El color era de un amarillo sucio, como luz producida en el seno de aquel mar de tinta gaseoso.

—¿Qué diablos habrá sido eso? — exclamé, poniéndome en pie.

Floria hizo lo mismo, así como los restantes hombres.

Otro chispazo surgió en la obscuridad. Debía de producirse a gran distancia y en lo alto, en un lugar del espacio situado poco más o menos por encima de nuestras cabezas. Media docena de relámpagos más se produjeron, de una forma casi seguida, como un colosal chisporroteo, lleno de un ominoso silencio.

Permanecimos quietos, tratando en vano de averiguar las causas que producían aquel extraño fenómeno, cuyo origen no conseguíamos averiguar por más empeño que en ello poníamos. Pero, de pronto, sucedió algo inesperado.

Luchando desesperadamente con las tinieblas, un rayo de luz las atravesó,

trazando una raya ígnea en la absoluta negrura de aquella noche sin fin. Un horrendo silbido atravesó la atmósfera, llegando hasta nuestros oídos, a pesar de la protección de los cascos.

Floria se apretujó contra mí, temerosa. Y yo, instintivamente, rodeé sus hombros con el brazo.

La raya de luz continuaba avanzando, hacia el suelo. Súbitamente aquella luz llegó hasta mi cerebro.

—¡Es una espacionave que cae! —grité—. ¡Va a estrellarse!

El silbido, horrísono, continuaba en aumento. La luz producida por el frotamiento del metal contra la atmósfera aumentaba cada vez más.

—¡Al suelo! ¡Va a caer muy cerca de aquí!

Me obedecieron al instante. Apenas lo habíamos hecho, una colosal llamarada atravesó las tinieblas, disipándose casi al instante. Luego, aguardamos la explosión.

El suelo tembló a influjos del colosal impacto, pareció como sacudido por un gigantesco terremoto, en medio de una espantosa detonación, que martirizó cruelmente nuestros tímpanos. Afortunadamente, la caída no fue todo lo próxima que yo había temido, y la ola de concusión nos llegó notablemente debilitada, sin causarnos el menor daño.

Me incorporé, sudando interiormente. Un siniestro presentimiento acababa de hacer presa en mi ánimo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Rian? — dijo Floria, olvidándose también del tratamiento.

Me mordí los labios antes de dar la respuesta que yo creía exacta.

—El yate real — dije al cabo.

—¡El yate real! — gritó Kindo.

—Así es, teniente — dije—. No puede ser otra cosa.

—Estáis muy seguro de ello, Alteza — exclamó Kyro.

—No ha podido ser de otra forma — repuse—, Recordad esos fogonazos que hemos visto allá arriba, en el espacio, y que, en realidad, no son otra cosa que estallidos nucleares que...

Alguien me interrumpió con un grito. No podía ser otra que Floria.

—¡Mirad! ¡Allá arriba!

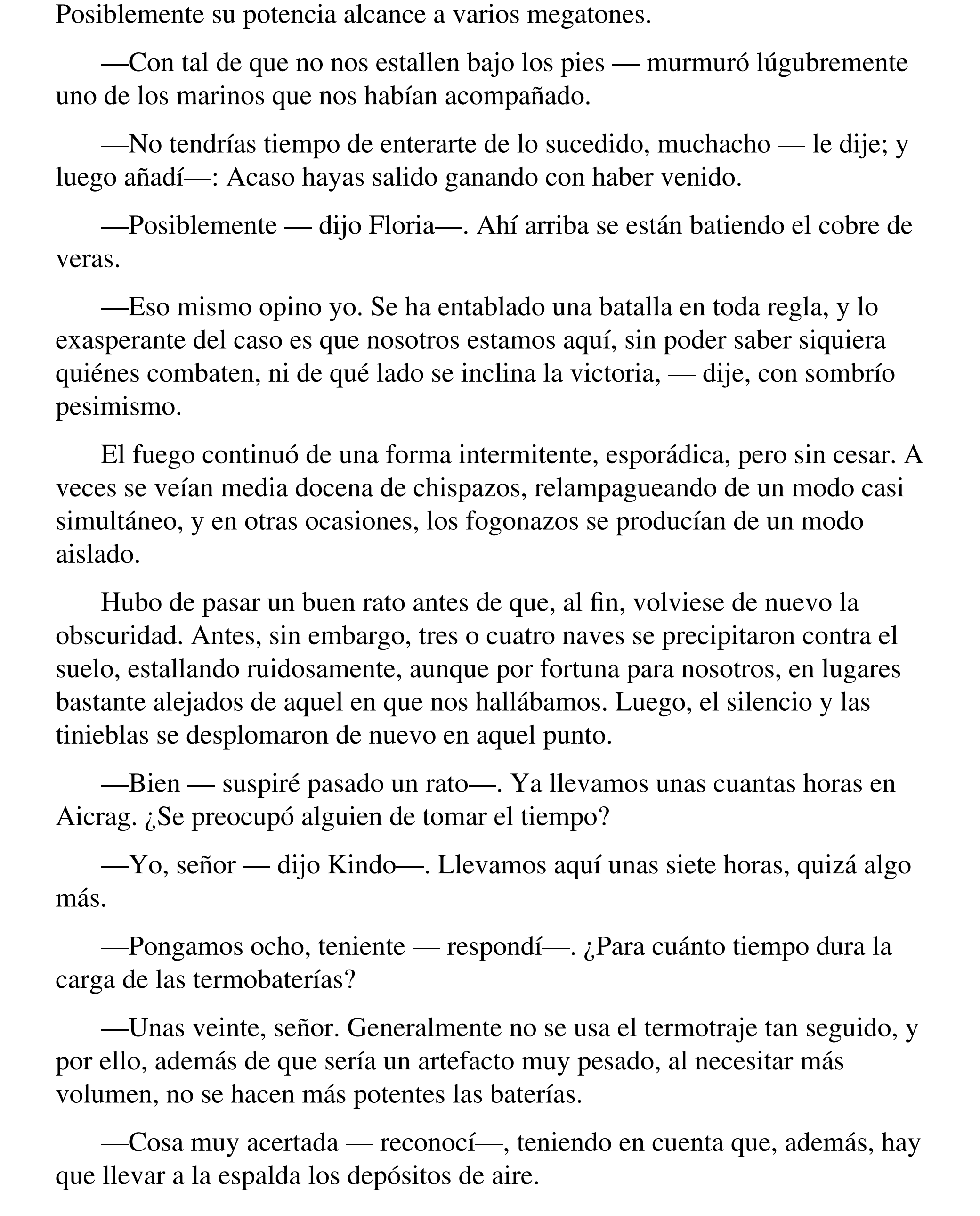
De nuevo volvían aquellos chispazos de tamaño colosal, cuyo potencia debía de ser enorme, para tener la suficiente fuerza, lumínica como para atravesar centenares de kilómetros de una opaca capa atmosférica. Esto, para

nosotros, resultaba altamente beneficioso, pues de lo contrario, habríamos resultado cegados por la terrible dureza de aquellas cortísimas ráfagas de luz, las cuales quedaban, no obstante, muy amortiguadas por el tenebroso espesor de la atmósfera.

Kyro lanzó un silbido de asombró.

—¿Qué os pasa? — le pregunté.

—Deben de ser terribles esas bombas nucleares que utilizan. Posiblemente su potencia alcance a varios megatones.



—Con tal de que no nos estallen bajo los pies — murmuró lúgubremente uno de los marinos que nos habían acompañado.

—No tendrías tiempo de enterarte de lo sucedido, muchacho — le dije; y luego añadí—: Acaso hayas salido ganando con haber venido.

—Posiblemente — dijo Floria—. Ahí arriba se están batiendo el cobre de veras.

—Eso mismo opino yo. Se ha entablado una batalla en toda regla, y lo exasperante del caso es que nosotros estamos aquí, sin poder saber siquiera quiénes combaten, ni de qué lado se inclina la victoria, — dije, con sombrío pesimismo.

El fuego continuó de una forma intermitente, esporádica, pero sin cesar. A veces se veían media docena de chispazos, relampagueando de un modo casi simultáneo, y en otras ocasiones, los fogonazos se producían de un modo aislado.

Hubo de pasar un buen rato antes de que, al fin, volviese de nuevo la obscuridad. Antes, sin embargo, tres o cuatro naves se precipitaron contra el suelo, estallando ruidosamente, aunque por fortuna para nosotros, en lugares bastante alejados de aquel en que nos hallábamos. Luego, el silencio y las tinieblas se desplomaron de nuevo en aquel punto.

—Bien — suspiré pasado un rato—. Ya llevamos unas cuantas horas en Aicrag. ¿Se preocupó alguien de tomar el tiempo?

—Yo, señor — dijo Kindo—. Llevamos aquí unas siete horas, quizá algo más.

—Pongamos ocho, teniente — respondí—. ¿Para cuánto tiempo dura la carga de las termobaterías?

—Unas veinte, señor. Generalmente no se usa el termotraje tan seguido, y por ello, además de que sería un artefacto muy pesado, al necesitar más volumen, no se hacen más potentes las baterías.

—Cosa muy acertada — reconocí—, teniendo en cuenta que, además, hay que llevar a la espalda los depósitos de aire.

—Que durarán cuatro horas más que las termobaterías— dijo Floria.

—Eso quiere decir que nos quedan unas doce horas de vida.

Hubo unos momentos de silencio. Nos miramos unos a otros, alumbrados por el terroso resplandor de las lámparas, que nos hacían parecer espectros de clase desconocida hasta entonces.

—Yo tengo la culpa —dije—, por haberos traído hasta aquí...

—Con reproches no se adelanta nada, señor — dijo Kindo con vehemencia—. Lo que interesaría es saber si podemos hallar alguna manera de largarnos de aquí...

—Podría haberla, en efecto... — murmuré pensativamente, y todos me miraron anhelosamente, como si hubiera hallado el remedio.

—Explicaos pronto, Rian—. dijo Floria, apremiándome.

—Trataré de ser breve. Lo primero que necesito saber es: ¿hay alguien que haya estado con anterioridad en Aicrag?

Uno de los marinos de las estrellas, Tobert, se adelantó y dijo:

—Yo, Alteza.

—Muy bien, pues. Conocerás entonces el emplazamiento del astropuerto, ¿no es así?

Tobert vaciló un poco.

—Creo que sí, Alteza.

—Muy bien. Supongo qué, para estas horas, los forajidos que saqueaban la capital ya se habrán ido. En todo caso, es un riesgo que hemos de correr, por supuesto no mayor que el que corremos quedándonos aquí. Una vez en la ciudad, te será fácil orientarte, ¿eh, Tobert?

—Sí, Alteza; eso espero.

Miré a Floria y ella me correspondió con una sonrisa de esperanza en sus lindos labios. Proseguí:

—Muy bien, pues. Tenemos doce horas de tiempo, antes de que se agote la carga de las termobaterías. Pero, ¿de qué temperatura estamos disfrutando ahora?

Hubo una mirada simultánea a los termómetros. Seis voces me contestaron a un tiempo:

—¡Veintidós grados, Alteza!

Me eché a reír.

—Perfectamente, pues. Reduzcamos la potencia de las termo-baterías y

hagamos que la temperatura interior de nuestras escafandras sea de dieciséis grados, poco más o menos. Es algo que se puede soportar perfectamente, ¿no es así?

Los ojos de Floria brillaron. Kyro soltó una estruendosa carcajada.

—¡Gran Galaxia, Alteza! ¿Qué hacía el bruto de vuestro hermano que no cedía la mitad de su reino a un hombre de cerebro tan agudo como el vuestro?

—Eso es cuenta suya — mascullé. Luego dije—: La reducción de temperatura nos proporciona un remanente de cuatro o cinco horas más, que en estas condiciones pueden significar la diferencia entre la vida o...

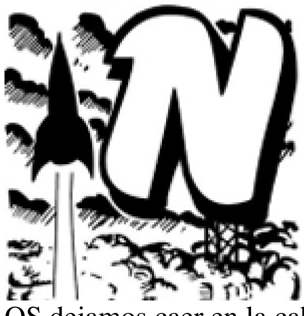
—¡...la muerte convertidos en unos sorbetes! ¡Magnífica idea, Alteza! —rió Kiro de nuevo—. Voto porque emprendamos la marcha inmediatamente.

—Estoy de acuerdo en ello. Poco más o menos, sabemos el camino de vuelta a la ciudad. Y una vez allí, Tobert será nuestro guía. ¡En marcha!

Mi idea no había podido ser más brillante, ni tampoco ha de hallársele mejor calificativo. Lo único que podía oponernos alguna dificultad era un posible retraso en hallar el astropuerto, pero de lo que no había la menor duda era de que si nos quedábamos allí, no nos salvaríamos de ninguna de las maneras.

Y así, con el corazón lleno de esperanza, emprendimos la marcha, cuyo final tuvo lugar catorce horas más tarde, cuando exhaustos, derrengados, pudiéndonos apenas mantener en pie, avistamos la ahusada mole de una nave espacial a corta distancia de nosotros.

CAPÍTULO VIII



OS dejamos caer en la cabina de mandos de la astronave, sin poder mover un dedo, y durante un buen rato permanecimos allí, silenciosos, sin fuerzas siquiera para otro movimiento que no fuera el natural de nuestra respiración. Pero al fin tuvimos que pensar en que no podíamos continuar allí indefinidamente, y Kyro, el teniente y yo, sacando fuerzas de donde no las teníamos, nos pusimos en pie.

Kyro examinó el panel de controles atentamente durante un buen rato, transcurrido el cual, dijo:

—A mi entender, todo está perfectamente. Creo que nos servirá para largarnos de aquí.

—¿Tienes tú nociones de pilotaje astronáutico? — le dije.

Una indefinible sonrisa apareció en los labios del gigante.

—Un poco —dijo—. Lo suficiente para alcanzar cualquier otro mundo que no esté atacado por la «Muerte Negra».

—Bien — respondí—; pues manos a la obra.

Lo primero que hizo fue cerrar las compuertas y vaciar el aire contenido en el interior de la nave, sustituyéndolo por otro perfectamente filtrado y respirable, además. Después, puso en funcionamiento el acondicionamiento térmico, y media hora más tarde la temperatura se había elevado lo suficiente para podernos desprender de los incómodos termo-trajes.

—Este fenómeno —dijo Kyro —ha debido de alcanzar a los habitantes de Aicrag de una manera casi repentina. De otro modo, no se explica que haya una astronave aquí, en perfecto estado, abandonada, lista para poder zarpar en cualquier momento.

—Mejor para nosotros, Kyro. A los muertos no les sirve para nada, y en cambio, para nosotros es la salvación. ¡Vamos, salgamos cuanto antes de aquí! Este ambiente me pone cada vez más nervioso.

La nave se estremeció cuando sus poderosos chorros empezaron a

suspenderla en el aire, bamboleándose como si fuera a caer a un lado. Al fin, con un irresistible movimiento, que nos aplastó a todos contra las literas, nos arrastró al espacio.

¡Con qué júbilo saludamos la vista de las primeras estrellas! Después de haber permanecido casi un día sumidos en las más profundas, tinieblas, el maravilloso espectáculo del cielo, brillando por millones de luminarias de todos los colores y tamaños, nos reconfortó notablemente el corazón. Los más variados comentarios se escaparon de nuestros labios, en tanto que no dejábamos de felicitarnos por nuestra buena suerte.

Miré a Floria y le sonreí. Ella me correspondió.

—Veo que ya no os causa enojo mi presencia aquí, Alteza — dijo.

—Te prohíbo que en lo sucesivo me des ese tratamiento, Floria. No he olvidado que, si bien tuviste la culpa de la alarma frente a los bandidos, luego me salvaste la vida por segunda vez. Lo único que puedo hacer, aparte de darte las gracias, es pedirte perdón por los insultos que te he dirigido.

—Están ya olvidados, Rian. La verdad es que, si yo hubiera estado en tu puesto, acaso hubiera dicho palabras un poco más gordas. De verdad que las merecía.

Levanté una ceja inquisitivamente.

—¿Sí? Todavía no me has dicho por qué te dio la ventolera de acompañarme a Aicrag. Aunque, la verdad sea dicha, ahora debo felicitarme por ello. De lo contrario, no estarías viva.

—Se lo pedí al almirante Killian y accedió; eso es todo.

Torcí el gesto. Había olvidado un detalle.

—Es cierto. No recordaba que tienes mucha influencia con mi hermano.

—Killian — prosiguió ella — fue un poco duro de convencer; pero no sería digna de pertenecer a mi sexo si no hubiera sabido convencerle.

—¡Hum! — masculló.

—¿Qué quiere decir ese «hum», Rian?

—Oh, no, no... nada de particular. Solamente que...

En aquel momento nos interrumpió el vozarrón de Kyro.

—Alteza, ¿queréis venir un momento?

—Con tu permiso, Floria — dije, y ella accedió con leve gesto de cabeza.

Me acompañó hasta la astroplaca, junto a la cual se hallaban Kindo y los marinos.

—¿Qué ocurre, Kyro?

—Sencillamente, una cosa, Alteza: de la flota que os daba escolta no queda el menor rastro.

—¿Estás seguro, Kyro?

—Ya lo creo. Si tan segura tuviera la llegada a Nared...

Me froté la mandíbula, hallándola rasposa. Tenía que buscar algo con que afeitarme en la cámara de aseo de la nave.

—Bueno —dije al cabo—; después de lo que vimos allá abajo, esto no me sorprende gran cosa.

—Por supuesto que los atacantes, sean quienes hayan sido, no se fueron de vacío, Alteza.

—Sí, pero eso no varía el fondo de la cuestión.

—¿Qué cuestión, Rian? — dijo Floria.

Me volví para mirarla.

—El combustible y los víveres — dije lacónicamente.

Kyro arrojó una rápida mirada al panel de instrumentos.

—Oh, en cuanto al combustible, no hay problema — dijo—. Incluso, si no hay víveres en abundancia, podemos reducir el régimen de marcha, con el fin de economizarlos. Podemos fijar una órbita natural, apuntando al planeta habitado más próximo, órbita que la computadora nos dará resuelta, y...

—Las órbitas económicas en combustible suelen ser causa de derroche en víveres, Kyro,— dije, objetando su propuesta—. Eso podría ocurrir si nos hallásemos en el centro de nuestro sistema, pero, que yo recuerde, Aicrag era, es, mejor dicho, el planeta más alejado de nuestro Sol. Para regresar a Gabol, el más cercano, del cual nos separan treinta y cinco millones de kilómetros, tardaríamos el tiempo suficiente como para tener que echar a suertes acerca de quién de nosotros iba a servir de alimento a los demás.

—Y no hay que olvidar la provisión de oxígeno — sugirió Floria.

—Creo que hay una frase, discusiones bizantinas, que resume nuestra insulsa charla — murmuré—. Kindo, ¿qué hay en el pañol de víveres?

—Ahora misino, Alteza — me dijo el teniente.

Volvió diez minutos más tarde, con el ceño arrugado.

—La cosa no está mal — dijo—, pero creo que no durarán más allá de un mes.

—Y con una órbita de tipo económico — añadí—, tardaríamos al menos ciento sesenta días en llegar a Gabol. Ni aunque sólo hubiera un único superviviente que se comiera a los demás, llegarla vivo allí.

—Bueno — dijo Kyro y lanzó otra mirada al panel de instrumentos —, la cosa está bastante difícil, aunque menos que allá abajo. La lástima es que este maldito trasto sólo sirve para trayectos cortos. No está provisto del disruptor espaciotemporal, que permite la transición interestelar, lo cual no deja de fastidiarnos bastante.

—Con la añadidura — exclamé — de que, como consecuencia del combate que vimos hace unas horas, las espaciolíneas estarán desiertas a estas horas, y no nos queda siquiera el recurso de emitir una llamada de socorro.

—De todas formas, por lanzarla, que no quede. La pondré en automático, y así no tendremos que preocuparnos más de, la radio. Y ahora, Alteza, ¿qué tal si probáramos la calidad de los víveres que hay en la despensa? Floria — dijo mirándola de reojo— es una buena cocinera, según tengo entendido. Además de una sagaz comerciante, por supuesto.

Ella enrojeció levemente, pero no dijo palabra, y salió de la estancia. Nos llamó media hora más tarde, y a fe que hizo honor a las palabras de su secretario. Después de casi veinticuatro horas sin probar bocado, los buenos modales sufrieron un rudo golpe cuando siete hambrientos cayeron, como ávidos buitres, sobre los manjares que con tanto arte había preparado la muchacha.

Después de comer, establecimos un turno de guardia. Descansamos la mitad de los hombres — por unanimidad fue excluida ella de las guardias—, y luego relevamos a los otros tres. Notablemente descansado, me sentí un hombre nuevo al acercarme al puesto de pilotaje.

Floria vino al rato con algunas bebidas que nos reconfortaron. Ella y yo nos quedamos juntos, en tanto que los otros dos marinos permanecieron a discreta distancia de nosotros.

—¿Todavía sigues enfadado conmigo, Rian? — me preguntó.

—Oh, no; ¿cómo podía estarlo con una persona que goza de tan gran valimiento con el rey?

Floria arrugó el lindo entrecejo.

—Deja eso ya en paz de una vez, Rian. ¿Es que no puedes olvidarlo?

La miré con ojos llameantes.

—¿Es preciso que conteste a esa pregunta?

—Sí —dijo seca, enérgicamente.

—¿Y si no quisiera?

—Pensaría que toda tu cortesía y toda tu galantería para con las damas, no son más que rumores sin fundamentos.

—¿Qué tiene que ver la cortesía con...? Oh, por favor, Floria, dejemos eso a un lado.

—Pero es que yo no quiero.

—¿Cómo? — exclamé asombrado—. No te entiendo...

—Quiero que rectifiques tu modo de pensar hacia mí, Rian.

—¿Por qué?

Se retorció las manos muy nerviosa.

—Me, gustaría poder hablar con entera libertad, Rian; pero no puedo. Solamente quisiera que trataras de ser justo conmigo, que tuvieras fe en mí.

—La fe consiste en creer lo que no se ve.

Una exclamación triunfal brotó de los labios de la joven.

—¡Eso, eso es lo que yo te pido, Rian! Que, tengas fe en mí, aunque, paradójicamente, sea por haber visto algo que nunca debiste ver. ¡Oh, y qué importuno fuiste llamando a la puerta de la habitación de tu hermano tan insistentemente!

—Yo diría con mucha oportunidad.

—El collar se me había soltado — dijo como hablando consigo misma—, cuando oímos tus gritos. Y no me diste tiempo a ponérmelo de nuevo. Groan me hizo salir a toda prisa, y ello hizo que me olvidara de la joya allí. Pero estás engañado conmigo.

—Trata de desengañarme.

—Para ello — repuso, mirándome con sus grandes ojos ¿de qué color, demonios?—, tendría que revelar lo que hablamos tu hermano y yo allí aquella noche. Y no puedo, Rian, no puedo, créeme.

Volví la cabeza a un lado, despectivamente.

—Eres igual que él — dije—. Piensas que sólo soy un cabeza hueca a quien no se le puede confiar secreto alguno y...

Ella se me acercó, asiéndome la camisa a la altura del pecho.

—¡Rian!

—Déjame en paz, por favor — murmuré ceñudo.

—¡Rian! — insistió—. Mírame, te lo ruego.

Obedecí de mala gana.

—¿Qué quieres?

—No trates de disimular, Rian. Tú me quieres... y yo te quiero también.

¿Por qué te empeñas en ser tan terco y obstinado?

—Aunque eso que dices fuera verdad... yo soy un príncipe de la sangre y tú... y tú...

—Ya lo sé; una plebeya comerciante. Pero tu madre tampoco tenía sangre real, Rian, recuérdalo bien.

—Dejémoslo estar, Floria. Te has hecho unas ilusiones que en modo alguno corresponden a la realidad.

Retrocedió un paso, ofendida.

—La estúpida — dijo— soy yo, por haberte revelado mis auténticos sentimientos. No lo puedo remediar, Rian; te quiero. Y tú también a mí, por más de que en vano trates de disimularlo...

—¡Caramba! Pareces haberte graduado en psicología — reí sarcásticamente.

—...de lo contrario, no tendrías ese ceño tan arrugado, y creerías en mí, sin necesidad de más palabras— concluyó ella, sin hacer caso de mi interrupción.

Aquello empezaba ya a cansarme. Bien que la estuviera agradecido por haberme salvado la vida, pero no había derecho a que me diera el tostón con su insistencia. Iba a soltarle una frase lapidaria, cuando, súbitamente, los timbres de alarma rechinaron estrepitosamente.

Me lancé hacia la astroplaca, mirándola nerviosamente. Los detectores señalaban la presencia de media docena de naves, de procedencia desconocida. volando con enorme velocidad hacia nosotros. Kyro y los otros dos acudieron precipitadamente.

—¿Qué ocurre? — preguntó el secretario de Floria.

Señalé con el índice el círculo de vidrio deslustrado, en el que se veían seis puntos luminosos, agrandándose por momentos. Kyro se asomó un instante por la lucerna contigua, y luego volvió a mirar a la astroplaca.

—Con toda seguridad — dijo—, se trata de naves armadas. Y apostaría mi mano derecha contra un cabello de Floria a que vienen a por nosotros.

—Bueno — dije, sonriendo forzadamente—, podemos defendernos.

—¿Con qué? — bufó desdeñosamente —. ¿A pedradas?

—Esta nave... —empecé a decir, pero él no me dejó continuar.

—Esta nave no tiene otro armamento que no sean nuestras espadas y nuestras percutidoras. Bastará un solo torpedo para hacernos añicos.

—Está el deflector de meteoritos...

—Al cuarto disparo no nos servirá ya para nada.

Me encogí de hombros.

—Bueno, pues entonces ya no nos queda otro remedio que izar bandera blanca. ¿O acaso esta nave es más rápida que las otras?

Kyro se mordió los labios.

—Para una corta distancia, sí; pero, a la larga, acabarían por darnos alcance.

—Esas naves — objeté —, pudieran ser de Tierra Segunda, Kyro.

—No vendrían de la dirección que vienen. Sólo pueden venir de un punto... y ese punto es ¡la Satrapía de Lince!

—¿Quieres decir que las envía Thuran contra nosotros?

Kyro asintió, moviendo su enorme cabeza de arriba abajo.

—¡Ojalá me equivocara! — exclamó—, Pero no; ese bandido sabe muy bien lo que se hace y...

—¡Un momento! — exclamé—. Eso quiere, decir...

—Exactamente lo que estáis pensando, Alteza. Que hay un traidor en el reino de vuestro hermano que ha tenido informado a Thuran de todo lo que Groan pensaba hacer.

Solté una maldición. Aquello empezaba a complicarse más de lo que yo había pensado. Las naves enemigas se acercaban más aprisa de lo que parecía.

—Bueno — dije—, sólo nos queda aguardar el disparo final y...

—No — murmuró Kyro—, no habrá disparo.

Lo miré con sorpresa.

—Estáis muy seguro de todo cuanto decís, Kyro.

Una indefinible sonrisa apareció en el rostro del gigante.

—Tengo mis motivos para estarlo, Alteza. ¡Mirad!— exclamó de pronto.

Todas nuestras miradas convergieron en la astroplaca de modo simultáneo. Las seis naves se nos acercaban con aterradora velocidad, muy agrupadas, pero, de pronto, se dispersaron en abanico, en una habilísima maniobra, ensayada mil veces de antemano, antes de ejecutarla en la realidad. Claramente se veía la intención que tenían de rodearnos.

—No — murmuré—; no hay escape posible.

Mis palabras resultaron proféticas. Una hora más tarde, dos enormes cruceros siderales, poderosamente artillados, se acercaban a nuestra nave, equiparando las órbitas merced a lentas y cuidadosas correcciones de su

rumbo. Al fin, unos arpeos electromagnéticos fueron lanzados, y el cohete en que nos hallábamos fue arrastrado lateralmente, de modo irresistible, hacia uno de los dos cruceros.

Miré a Kyro.

—Bien, esto ya concluyó. Si, como suponéis, se trata de un crucero de Thuran, la alianza entre las Hyades y la Cabellera de Berenice, se ha ido al diablo en verdad.

—Posiblemente — replicó Kyro, con tono enigmático, y no dijo más, porque en aquel momento, la escotilla se abrió, y un pelotón de soldados armados invadió la cabina.

Vi que Kindo trataba de hacer algo.

—No hagáis resistencia, teniente; sería inútil y sólo conseguiríamos perder unas cuantas vidas vanamente.

—Sabia y excelente filosofía — dijo en aquel momento un nuevo personaje, entrando en escena.

Los soldados presentaron armas.

Era la primera vez que le veía personalmente, pero no me hizo falta más, para saber que tenía a Thuran, el sátrapa de Lince, ante mis ojos. Aquel rostro aquilino, mefistofélico, cuya semejanza estaba acentuada por un fino bigote de aguzadas guías y una barbita en punta, y un par de brillantes ojos de negrísimas pupilas, debajo de dos finos acentos circunflejos que eran sus cejas, no podía pertenecer más que a una persona.

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro de Thuran. Sus ojos lanzaron agudos destellos de complacencia, al ver a Floria.

—Bien, bien — dijo —. Magnífico golpe, a fe. Esto es lo que, en términos vulgares, se llama matar dos pájaros de un tiro — después de lo cual, su delgado cuerpo, se estremeció a impulsos de una sonora carcajada.

Una vaga sospecha surgió en mi mente. Thuran me la confirmó casi en el acto.

—Un golpe magnífico, sí, señor. Y la alianza de las Hyades y la Cabellera de Berenice se ha frustrado, porque, ¿cómo va a ser posible el enlace de Groan y la hermosa Zina, cuando está aquí ella, como prisionera mía? Y, por si fuera poco, Trumbo, su padre, y Rian, el hermano de Groan, han caído incautamente, en el garlito que tan hábilmente he sabido preparar. ¿Eh, qué decís?

Nadie contestó a las palabras de Thuran, porque en realidad no había nada que decir. Y yo menos que nadie, pues mi turbación por la inesperada revelación era tal, que no sabía siquiera en el lugar en que me hallaba.

Así, pues, no opuse la menor resistencia cuando, a una indicación del sátrapa, los soldados de su guardia, nos hicieron pasar, por medio del túnel estanco que enlazaba las dos naves, al crucero de guerra, el cual, una vez hubo concluido la maniobra, partió con raudo vuelo hacia Shtar, la capital de la constelación del Lince.

CAPÍTULO IX



URANTE muchos días permanecí aislado, solo en una cámara del crucero, sin ver ningún rostro fuera del de los guardianes que se turnaban de vigilancia ante la puerta de mi encierro y los servidores que me traían la comida. En todo aquel tiempo no salí ni una sola vez de la cámara, ni vi a nadie de mis compañeros, ni, tampoco, supe nada de ellos.

Un buen día ajustamos nuestra órbita a la de una estación del espacio y de aquí transbordamos a una nave cohete que nos llevó a la superficie de Shtar. Yo hice el viaje aislado, acompañado únicamente por unos cuantos soldados que, me custodiaban celosamente, sin quitar la mano del puño de sus espadas.

Una vez en el suelo, fui encerrado de nuevo en otra habitación, de la cual no había la menor posibilidad de escape, y transcurrieron aun varios días, durante los cuales tuve tiempo de sobra para pensar, antes de que uno de ellos me ordenara presentarme, ante el sátrapa.

Flanqueado por una doble hilera de soldados, armas al hombro, salí de la estancia, caminando por un largo corredor hasta su final. Éste era una ancha puerta, que dos esbirros abrieron de par en par, dejando ver una amplísima sala, en la cual entraba la luz del día a raudales, por un enorme ventanal que constituía uno de sus muros, luz que procedía de una estrella doble, K, de tercera magnitud.

En el fondo había una amplia mesa de despacho, tras la cual se hallaba Thuran. Frente, a éste, Floria y Kyro permanecían sentados en sendos sillones, mudos, inmóviles, silenciosos. No volvieron siquiera la cara al oírme entrar.

Thuran agitó una mano, y los soldados se retiraron.

—Acércate, Rian, y toma asiento. Quiero que oigas lo que tengo que hablar con Trumbo y su hija, la hermosa Zina.

Obedecí. Zina, antes Floria, me miró angustiadamente, pero yo volví el rostro despectivamente. Tuve tiempo, empero, de ver brotar una lágrima en cada uno de sus ojos, ahora ya de un bellísimo color azul. Y, ¡diablos! ¿dónde estaba su cabellera negra? En el momento presente, refulgía como si fuera de oro, y sólo entonces comprendí por qué no había sabido reconocerla en tanto

tiempo. Había bastado con ponerse un vidrio de contacto, coloreado de distinta forma, ante sus pupilas, y una peluca negra, para que se hubiera obrado en ella una total transformación fisonómica. Y, en cuanto a Trumbo, afeitado totalmente, no había tampoco medio de reconocerlo.

Desaparecida su espesa cabellera y su frondosa barba, el aspecto de su cara era completamente distinto.

Volví el rostro hacia Thuran al oírlo hablar. Era evidente que el sátrapa rebosaba satisfacción por todos los poros de su cuerpo.

—He aguardado todo este tiempo para reuniros aquí, porque antes necesitaba concluir la parte práctica de mis planes. Hubiera podido prescindir de ti, Rian, pero, en cierto modo, eres parte interesada en el asunto, de modo que, he hecho que te traigan aquí. Te convendrá oírme, Rian.

Me miré las uñas con insultante gesto de hastío.

—Nunca es agradable — dije— escuchar el ladrido de un perro, pero a veces uno no tiene otro remedio que soportarle, pues no se tiene a mano siquiera una piedra que arrojarle.

Los ojos de Thuran centellearon de cólera. Pero sólo fue un segundo. En seguida recobró su habitual aspecto de buen humor.

—Los perros — dijo — desprecian el chillido de las ratas. Pero no es para establecer comparaciones zoológicas para lo que te he traído aquí, sino para escucharme, sea o no de tu agrado.

—Bueno, bueno, basta de charla y al grano — rezongué.

—Está bien; procuraré decirlo en cuatro palabras. He sido y soy opuesto a la alianza de las Hyades y la Cabellera de Berenice, porque no me conviene. Individualmente, Lince acaso sea tanto como cualquiera de esos dos reinos; juntos los dos, podríais aplastarme con toda facilidad. Y eso es lo que yo he intentado, y conseguido, impedir.

—Que conste que nosotros — dijo Trumbo — no teníamos intención de agredirte.

—Me curo en salud — rió desvergonzadamente Thuran—. No quiero que un día sintáis veleidades guerreras y me despojéis de mi satrapía. Ésta es pobre y carece de los recursos naturales que tienen vuestros respectivos reinos. ¿Cómo agenciarme recursos?

—Robando cementerios — dije con toda frescura.

Thuran soltó una carcajada.

—Exactamente. Has dado en el clavo, Rian. No puedo sobrecargar a mi pueblo de impuestos; acabarían por sublevarse contra mí. Y una guerra, preventiva o defensiva — la mía es preventiva—, cuesta dinero, mucho

dinero. Uno de los sabios de Shtar inventó un agente químico que, introducido en la atmósfera de un planeta, la oscurece totalmente, convirtiéndola en un gas de enorme opacidad, que no deja pasar la luz, y apenas el calor, como habéis comprobado por propia experiencia. En pocos días, muere todo el mundo, congelado... y ya no tengo otra cosa que hacer sino enviar numerosas patrullas a recoger un botín que está aguardándome allí, impaciente por pasar a mis arcas.

Aquello, francamente, me revolvió el estómago. ¡Gran Galaxia!, como decía Trumbo. ¿Era posible que existiese un hombre capaz de asesinar a cientos de millones de personas, solamente por satisfacer sus ansias personales?

La respuesta era: sí. Existía y estaba, hablando sin cesar, ante mis ojos. Era Thuran.

—Los mercenarios de toda la Galaxia acudirán, al señuelo de los fuertes sueldos que pienso pagarles, a alistarse en mis filas. Atacar a las Hyades es mi primer objetivo, y no dudo de parte de quién se decantará la victoria. Como medio intimidatorio, hice oscurecer la atmósfera de Aicrag. Supongo que tu hermano, Rian, se habrá dado cuenta ya de lo que puede pasarle, si no accede a mis pretensiones, cosa de lo cual está enterado por el mensaje que le envié, cuidando además de hacerlo público, para que sus súbditos sepan a qué atenerse. Los terrestres no querrán morir de frío y le obligarán a rendirse.

—La flota de Tierra Segunda es muy poderosa, Thuran — dije—, y te dará mucho que hacer.

—Lo sé. ¿Por qué te crees, si no, que he allegado tan copiosos recursos? No he dejado cabo suelto por atar, y si tu hermano se resiste... ¡peor para él! — concluyó con siniestro acento, cuyos tonos me helaron las venas.

Thuran soltó una risita de satisfacción.

—En cuanto a la Cabellera de Berenice, no me importa lo más mínimo lo que pueda pensar su rey Trumbo, puesto que va a ser mi aliado y accederá, por supuesto, a todas mis pretensiones.

—¿Aliado? — repetí estúpidamente.

Bueno — sonrió Thuran —, acaso no sea ésta la palabra exacta. Quizá estuviera mejor dicho suegro.

Me levanté de mi asiento como impulsado por un resorte.

—¡No!— grité—. Eso sí que no puedo...

—¿Por qué no? ¿Qué puede importarte a ti la suerte que pueda correr Zina? Iba a ser tu cuñada, no tu esposa.

—Ella no accederá jamás a casarse contigo, Thuran.

—¿Que no? ¿Quieres ver cómo dice sí, Rian?

Miré a Zina, suplicando con los ojos. Ella me correspondió, y luego los volvió hacia Thuran.

—No. Rian está en lo cierto. No me casaré contigo, aunque me mates.

—¿Matarte? ¿Quién habla de tocarte al pelo de la ropa, hermosa? — rió estruendosamente el sátrapa; y de pronto su larga mano oprimió uno de los timbres que había sobre la mesa.

Un pelotón de soldados penetró de improviso en la estancia. Todos ellos eran portadores de sendas percutidoras, cuyas bocas enrojecidas, apuntaron sin una vacilación hacia el enorme cuerpo de Trumbo.

Comprendí la astucia de Thuran. Éste soltó una diabólica carcajada. Y al mismo tiempo levantó la mano.

—Si cuando la baje — exclamó — Zina no ha accedido a ser mi esposa, su padre morirá.

—¡Eres un canalla! —exclamé.

Pero Thuran no me hizo caso. Su vista seguía fija en la muchacha.

—Vamos — la urgió—; ¿qué decides?

El labio inferior de Zina tembló visiblemente. Sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas.

—Que se vayan los soldados — murmuró con voz apenas audible.

Thuran agitó la mano, y el pelotón desapareció de la estancia. Se puso en pie, abierta la boca en una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—¡Magnífico! —dijo—. Realmente, no había pensado en ti como mi mujer, Zina, y no lo hubiera pensado nunca, de no habérsele ocurrido tal idea al gordo pellejo de Groan. Pero, así, al propio tiempo que me caso contigo, mato dos pájaros de un tiro. Mí intriga no ha podido ser mejor urdida, ¿eh?

Miré a Trumbo. Éste no contestó. Parecía estar ausente, fuera de aquel lugar. Volví mis ojos a Thuran.

—Si algún día logro salir de ésta, te retorceré el cuello como si fueras una gallina, en vez de un sucio zorro. Y al que te dio todos los informes de lo que ocurría en la corte de mi hermano, lo herviré en una caldera de plomo fundido.

La risa de Thuran no parecía extinguirse jamás.

—En cuanto a lo primero, lo veo difícil, Rian, porque dentro de un momento os voy a encerrar a ti y a Trumbo. A éste solamente hasta el momento de la boda. Después... ya veremos lo que hago contigo, Rian. Y

ahora, satisfaré tu segundo deseo.

Apretó un timbre y una puerta se abrió a sus espaldas. Un hombre penetró por ella, saludando ceremoniosamente a Thuran.

—¡Midrab! — exclamé con no gran sorpresa.

Aún no había acabado de hablar, cuando otro hombre siguió al ministro de Asuntos Exteriores de mi hermano: Giar.

—He aquí a los dos hombres que se pusieron a mi lado incondicionalmente, desde el primer momento, Rian.

—¿Tuviste necesidad de pesarlos en oro para adquirir sus puercas conciencias? — dije desdeñosamente.

—Oh, no, nada de eso. Les tengo reservado una recompensa mucho mejor, ¿no es así, Midrab, Giar?

Aquella pareja de canallas se inclinó reverenciosamente.

—Sólo gratitud tenemos para con tu magnificencia— dijo el primero, y el otro le hizo eco con parecidas frases.

Una enigmática sonrisa apareció en los labios de Thuran.

—Entonces — murmuró suavemente—, os voy a pagar, inmediatamente — y su dedo índice apretó un botón.

Una trampa se abrió repentinamente en el suelo donde tenían apoyados los pies Midrab y Giar. Un doble grito de pavor se oyó simultáneamente, pero el grito fue apagado bien pronto, transformándose en un siniestro chasquido que indicó el fin de aquella pareja de granujas.

La trampa se cerró de nuevo, en tanto que Zina se tapaba los ojos con ambas manos para no ver todo aquel horror. Thuran, impasible, se echó a reír.

—Hay una frase que se pronunció hace mucho más de cien mil años y que es completamente adecuada al caso: Roma no paga traidores. Lo mismo que traicionaron a tu hermano, Rian, podían haberme traicionado a mí, y no tenía malditas las ganas de andar con un ojo abierto durante el resto de mis días. Además, se estaban poniendo muy pesados, disputándose el gobierno, en mi nombre, de Tierra Segunda. ¡Husos!, creían tener méritos suficientes para ser mis virreyes... Así he cortado de raíz la discusión. ¿Qué os parece?

La sangre me hirvió en las venas. Me puse en pie.

—Eres el sinvergüenza más intrigante y más canalla que me he echado a la cara desde que tengo uso de razón, Thuran. Pero antes hice una promesa, y la voy a cumplir ahora. ¡Te voy a retorcer el pescuezo, asesino!

Y sin más, tomando impulso, me abalancé sobre él, con las manos extendidas.

Durante la décima de segundo que duró mi asalto, me asombré al ver que Thuran no hacía el menor gesto para detenerme. No tuve tiempo de preguntarme en qué motivos basaba su perfecta tranquilidad de ánimo, porque en aquel momento, mi cuerpo chocó contra un invisible, pero no por ello menos efectivo obstáculo.

El golpe fue tan fuerte que todas las estrellas del firmamento aparecieron, en multicolor danza, ante mis pupilas. Caí al suelo y, semiatontado, a punto de perder el conocimiento, permanecí allí unos instantes, sin saber exactamente lo que me había ocurrido.

Zina lanzó un grito y corrió hacia mí, llamándome angustiosamente.

CAPÍTULO X



N medio de mi atontamiento, me di cuenta de que Thuran continuaba de pie, al otro lado de su mesa, sonriendo de aquella manera suya tan peculiar, capaz de soliviantar al más flemático.

Sólo entonces me di cuenta de su innegable astucia. Durante todo el tiempo había estado perfectamente aislado de nosotros por un enorme panel de vidrio que seccionaba en dos la estancia, el cual estaba construido de tan maravillosa manera que no podía saberse su presencia allí si no era por medio del tacto. Lo único que ocurría era que yo había entablado conocimiento con él de una forma un poco violenta y acaso de no haber puesto las manos por delante, que fueron las que pararon el primer impulso, me hubiera roto la frente contra el vidrio.

Thuran soltó una carcajada.

—¡Estúpido! Creías ser más listo que yo, ¿verdad?

Zina estaba a mi lado, tratando de ayudarme a levantarme. Pero en aquel momento, un ronco bramido se oyó en la estancia.

El mefistofélico rostro de Thuran perdió en un instante su triunfal expresión. Trumbo, poniéndose en pie, había cogido uno de los enormes sillones en que había estado y arremetía con todas sus poderosas tuerzas contra el muro transparente.

Sonó un terrorífico crujido cuando el mueble se fragmentó en mil astillas, y acto seguido, en aquella pared de vidrio aparecieron largas grietas, indicadoras de que su fortaleza había cedido un tanto.

—Trumbo — gritó el sátrapa—, alto! ¡Alto o lo lamentarás!

Pero Trumbo había perdido la razón. Volviéndose con una agilidad insospechada en su poderoso corpachón, cogió el segundo sillón. La pared de vidrio cedió ahora, en medio de un ensordecedor estallido. El rostro de Thuran adquirió un intenso tono verdoso.

—¡Quieto, Trumbo! — aulló, pero era imposible detener al padre de Zina, cuyas enormes manos estaban ensanchando la brecha abierta en el vidrio.

Vi que el dedo de Thuran se apoyaba sobre un zumbador. Comprendiendo que estaba llamando a su guardia, saqué fuerzas de flaqueza y me puse en pie de un salto.

No fui a ayudar a Trumbo. Por el contrario, moví mis piernas a toda velocidad, dirigiéndome hacia la puerta de entrada, a la cual llegué en el momento justo en que empezaba a abrirse.

Un soldado, armado con su percutidora asomó por allí. Un terrible puñetazo lo derribó inconsciente al suelo, sin tiempo de enterarse de lo que le había sucedido.

Todavía estaba cayendo el individuo al suelo, cuando una mano armada asomó por allí. Así el cañón de la percutidora, y tiré de ella. Luego cerré la puerta, antes de que el resto de los soldados pudiera hacer nada.

Cogiendo la segunda arma tirada en el suelo al lado del inconsciente soldado, corrí hacia Trumbo, quien ya había conseguido pasar al otro lado del muro. Tenía sangre en las manos, pero no parecía afectarle aquello para nada.

—¡Bravo, muchacho! — exclamó.

Entonces me di cuenta de que él y Zina estaban solos.

—¿Y Thuran?— pregunté.

—Se largó, ¡el muy...! — renegó Trumbo—. Había una puerta a sus espaldas, y en cuanto vio las de perder, se escapó.

—Eso es lo que tenemos que hacer nosotros — dije—. No podemos permanecer aquí indefinidamente; acabarán por atraparnos, y ahora Thuran ya no se andará con rodeos.

Trumbo miró por encima de mi hombro.

—Por allí no hay que soñar siquiera en la huida; está plagado de soldados y...

Se interrumpió porque afuera sonaban unos enormes golpes. Era evidente que trataban de forzar la puerta.

—Y por ahí, no tardarán tampoco mucho en venir — dijo, señalando al lugar donde se había esfumado el sátrapa.

—Pues entonces... —pero entonces se me ocurrió una idea luminosa.

Me acerqué de un salto a la mesa de Thuran. Había en ella una doble fila de botones que oprimí al albur, hasta que uno de ellos hizo funcionar el mecanismo que yo deseaba.

La trampa por donde desaparecieron Midrab y Giar se abrió súbitamente a nuestros pies, dejando ver un negro hueco. Me asomé y al instante un sudor frío me cubrió todo el cuerpo.

—¡No lo hagas tú! — grité a Zina, la cual, involuntariamente, también se había asomado.

La muchacha lanzó un agudo grito.

Tenía razón para horrorizarse. Debajo del pavimento de la estancia, justo al pie de la trampa, formando un cuadrado de su mismo tamaño, había un centenar al menos de agudísimas puntas de acero, de al menos tres palmos de longitud. Y los cuerpos de los dos traidores estaban ensartados en ellas, retorcidos en la horrenda postura de una espeluznante agonía, atravesados por quince o veinte sitios a la vez.

—Es el único lugar por donde podemos huir — dije.

—Pero, si no lo hacemos bien, corremos el peligro de pincharnos nosotros mismos — objetó Trumbo.

Medité un segundo; luego, dije:

—Tú eres fuerte. Coge mis muñecas y sujétame. Cuando yo te diga, suéltame.

Los ojos del gigante brillaron. Me había comprendido a la primera.

—Entendido — dijo—. Has tenido una magnífica idea, Rian.

—Gracias, pero hemos de darnos toda la prisa posible. ¿No escuchas esos golpes?

Trumbo se tendió en el suelo, de tal modo que solamente, sus hombros y la cabeza sobresalían por el borde de la trampa, muy ancha sin embargo. Me cogió por las muñecas, suspendiéndome a pulso sobre aquel abismo erizado de espadas.

Me balanceó un par de segundos y luego, a un grito mío, me soltó. Caí de pie, arrodillándome un instante a causa del impulso, a un paso de distancia de las puntas.

Me incorporé rápidamente.

—Ahora tú, Zina — dije.

La muchacha obró de la misma manera, sólo que tuvo mis brazos para recogerla. Y Trumbo saltó por sí mismo, sin necesidad de la menor ayuda.

—Magnífico — dijo —. Ahora...

No contesté porque estaba muy ocupado apoderándome de las espadas de los dos muertos. Le di una:

—Esto — dije — reforzará nuestro armamento.

En aquel momento se oyeron unos alaridos de júbilo. Era evidente que la puerta acababa de ser forzada. Rumor de pasos dados a toda velocidad se

oyeron por encima de nuestras cabezas.

Echamos a correr sin rumbo fijo. Bajo las habitaciones de Thuran parecía haber una red de subterráneos, cuya distribución, naturalmente, ignorábamos nosotros. Pero lo que sí sabíamos era que, de momento, nos alejaba de los esbirros de Thuran.

El suelo descendía en suave pendiente, apenas perceptible. La obscuridad era absoluta, y durante un buen rato caminamos al albur, hasta que, de una forma inesperada, vimos un puntito luminoso a lo lejos.

Refrenamos la marcha.

—Antes de seguir — dije —, convendría hacer una descubierta.

La mano de Zina se apoyó súbitamente en mi brazo.

—Ten cuidado, Rian — me dijo; y vi fosforescer sus ojos en la obscuridad.

—No te preocupes — repuse—; aprecio bastante mi pellejo.

Soltándome de ella, caminé de puntillas, hasta el lugar donde acababa el túnel. Éste daba paso a un amplio corredor, flanqueado por sendas hileras de puertas, todas las cuales estaban herméticamente cerradas. Un par de soldados se paseaban tranquilamente arriba y abajo, y no me cupo la menor duda acerca de lo que aquellos tipos hacían allí, ni de lo que había tras las puertas.

Súbitamente, y en tanto vacilaba acerca de la resolución que iba a tomar, un hombre, de uniforme, con una percutidora en la mano, apareció por el otro extremo, gritando algo. Comprendí que estaba dando la alerta a los guardianes.

Antes de que tuvieran tiempo de prevenirse, me planté en medio del corredor.

—¡Quietos ahí! — ordené—. ¡Tirad las armas al suelo!

Los soldados se volvieron, terriblemente asombrados. Pero el recién llegado sabía, o se suponía, lo que iba a ocurrir. Levantó la mano armada.

Fui más rápido que él, y en el aire vibró durante un segundo el seco trallazo de un disparo. El individuo se puso rígido un instante, y luego se desplomó al suelo, fulminado.

De los dos restantes, uno de ellos me encañonó con su percutidora. Me vi perdido, ya que la mía tardaría un poco en recargarse. Pero en el mismo instante, mis tímpanos se estremecieron con el sonido de otro disparo.

El único soldado que quedaba vivo tiró sus armas, en un gesto harto visible de rendición. El rugido de la voz de Trumbo se dejó oír en el subterráneo.

—¡Estupendo, muchacho! — gritó, y pasando por encima de uno de los cadáveres, asió por el cuello al guardia.

—¿Qué hacías aquí? — inquirió.

—Vigilábamos a los presos —contestó el hombre, lívido, sintiéndose completamente insignificante en las manos de aquel gigante.

—¿Los presos? ¿Qué clase de presos? — pregunté yo.

—Enemigos y descontentos de Thuran.

Una súbita sospecha invadió mi mente.

—¿Trajeron hace unos días a unos cuantos prisioneros terrestres?

—Sí, están aquí.

—¡Magnífico! Abre sus celdas.

El hombre obedeció, y treinta segundos más tarde, Kindo y los cuatro marinos lanzaban alegres gritos de júbilo al verse libres. El teniente se armó inmediatamente, pero yo no había acabado aún.

—Abre el resto de las celdas — ordené al vigilante.

Éste palideció.

—Thuran me matará si...

—Déjamelo a mí — sonrió Trumbo. Apoyó su manaza en el hombro del guardia, quien se dobló al instante, abrumado por aquel peso—. ¿Qué... abres o...?

El hombre cedió. Con su llave electrónica liberó los cierres de las puertas, y unos minutos más tarde, el corredor estaba lleno de hombres cuya libertad les había llegado de un modo tan inesperado, y con la cual, a buen seguro, no habían contado en absoluto. Sus vítores atronaron nuestros oídos y, tras unas breves palabras, nos pusimos a su frente.

Topamos con algunos soldados que fueron desarmados fácilmente. Otros, cansados de Thuran, o quizá oliéndose el cambio, se unieron a nosotros con toda facilidad. Pronto reuní a un centenar de hombres aguerridos, quizá no muy disciplinados, pero supliendo con su valor la falta de una cohesión militar.

Algunos focos de resistencia fueron eliminados, no sin bajas por nuestra parte. Pronto pudimos darnos cuenta de que nuestro ejemplo había cundido y que el malestar contra Thuran era mucho mayor de lo que éste mismo se había supuesto.

Pero no encontrábamos al sátrapa por ninguna parte. Parecía haberse esfumado como si se lo hubiera tragado la tierra. Por más que nos esforzamos,

no pudimos dar con él.

Entretanto, la revuelta continuaba aumentando, y no solamente se combatía ya en el interior del palacio, sino en las calles de Shtar. Pero no era dudoso pensar hacia dónde se iba a inclinar la victoria.

Thuran tenía muchos mercenarios, sin duda alguna, pero éstos, sin un jefe que los dirigiera, constituían unas tropas sin moral alguna, aunque sí muy valerosas. De todas formas, poco podían hacer contra un pueblo entero que se les sublevaba, atacándoles con toda clase de armas. De no haber sido por esta imprevista circunstancia, creo que jamás hubiéramos salido con vida de allí. Pero aquel centenar de presos que habíamos liberado se había convertido en una excelente levadura, que hizo fermentar rápidamente la masa de la indignación popular hasta un extremo increíble.

Durante unos momentos, vacilamos acerca de la línea de conducta a seguir. Al fin, Trumbo dijo:

—Bueno, lo que interesaba era haber salvado el pellejo. Creo que nos convendría mucho buscar un medio de transporte que nos condujera hasta el astropuerto, ¿no?

Estas palabras las dijo Trumbo en el despacho del sátrapa, lugar último al que habíamos llegado en busca de Thuran, sin hallarlo. El alboroto del combate llegaba perfectamente hasta nuestros oídos.

—De acuerdo —dije—; lo haremos así, ya que no conviene exponer a Zina a más peligros por los que ya ha pasado.

Trumbo se echó a reír.

—Se nota — dijo — que eres el embajador del rey de Tierra Segunda. No quieres que su prometida sufra daño alguno, ¿verdad?

Me mordí los labios. Miré a Zina y ella desvió sus ojos de los míos.

—Es mi obligación — contesté sencillamente.

—En nombre de mi hija, te lo agradezco — sonrió Trumbo—. ¡Vámonos!

—¿A dónde, si se puede saber? — dijo en aquel momento una desagradable voz, harto conocida de nosotros tres.

Nos volvimos como movidos por un resorte. Penetrando por la puerta secreta, Thuran acababa de aparecerse ante nosotros, acompañado de tres de sus esbirros, todos ellos armados con sendas percutidoras, cuyos cañones apuntaban rectamente a nuestros pechos.

La sorpresa fue tan grande, que no nos dio tiempo de reaccionar.

—¡Al suelo las armas! —gritó Thuran.

Obedecimos, en medio de un ominoso silencio. Se oyeron unos ruiditos

metálicos, y luego la sardónica risa del sátrapa.

—Os pensabais que me habían matado, ¿eh? O quizá creísteis que me había fugado... ¿Cómo iba a cometer tamaña descortesía con una mujer tan hermosa... con la futura mujer del sátrapa de la Unión Coaligada de las Hyades, Cabellera de Berenice y Lince? Todavía guardo algunos ases en la manga, y pienso utilizarlos.

No contestamos siquiera; dejamos que Thuran continuara hablando.

—Voy a deshacerme de vosotros dos — dijo—; sois muy peligrosos para mí.

—El rey de Tierra Segunda nos vengará — mascullé.

—¡Pobre Groan! — dijo—. ¿Cómo me va a vengar un condenado a muerte? ¡Bah!, no vale siquiera la pena discutirlo. Os voy a liquidar a vosotros dos; luego, Zina se casará conmigo y... Bien, éste es el fin. No tengo ganas de seguir charlando más. ¡Disparad!

Las percutidoras restallaron estrepitosamente. Pero, ante nuestro asombro, ninguno de nosotros sufrimos el menor daño. Por el contrario, los tres esbirros cayeron fulminados instantáneamente.

Kindo y dos de sus hombres aparecieron entonces, aullando como posesos. Thuran renegó espantosamente y levantó su arma, en el momento en que Trumbo, lanzando un sonoro bramido, se arrojaba sobre él.

El cuerpo del padre de Zina se estremeció epilépticamente un segundo; después, arrastrado por la inercia de su propio salto, cayó sobre Thuran, derribándole. Al caer éste, su mano soltó la percutidora.

Zina lanzó un agudísimo grito de dolor. Thuran consiguió salir de debajo del inmóvil corpachón de Trumbo, pero no pudo alcanzar la percutidora; yo se la alejé de su mano de una patada.

Palideció horriblemente al verse desarmado. Retrocedió un par de pasos, hasta que se detuvo al tropezar con la mesa. Sus ojos me miraron, brillando con un odio total, absoluto, infinito.

—Kindo, dos espadas — pedí.

—Alteza, dejadme acabar con este perro. No se merece el honor de...

—¡Dos espadas, teniente! —ordené, sin quitar mi vista del rostro de Thuran.

A regañadientes, Kindo acabó por obedecer. Un momento más tarde, Thuran y yo nos hallábamos enzarzados en un mortal combate, del que únicamente cabía esperar un vencedor... vivo.

Durante largo rato nuestras espadas rechinaron, despidiendo chispas de

luz al entrechocar. Mis pupilas captaron, en un momento de la pelea, la imagen de Zina, de pie junto a la pared, sin color en su rostro, mirando con sus abiertas pupilas el desarrollo del encarnizado combate.

De pronto uno de mis pies se enredó en uno de los caídos. Vacilé un instante, brevísimo, pero suficiente para dejar un hueco en mi guardia. Thuran no desaprovechó la ocasión y se tiró a fondo.

Sentí en mi pecho una candente sensación de dolor. La mano perdió su fuerza y la espada cayó, rebotando contra el suelo. Zina volvió a chillar, en tanto que Kindo rengaba espantosamente.

Una sonrisa de triunfo apareció en el rostro de Thuran. Perdí el equilibrio y, girando sobre mis talones, me desplomé de bruces sobre la mesa.

Aquello me salvó la vida, porque la espada de Thuran, en otro ataque, pasó por mi lado, rozándome el costado. Sin verle, noté que se disponía a lanzarse de nuevo, cuando, de pronto, mi mano, sin fuerzas ya, se posó sobre la hilera de botones de mando. La apoyé allí, utilizando el último resquicio de conocimiento que me quedaba.

Sentí el chasquido de la trampa al abrirse. Thuran gritó horriblemente, pero su alarido de angustia quedó cortado bruscamente cuando su cuerpo fue atravesado por una docena de agudísimas hojas de acero.

Vi que Zina corría hacia mí, pero no sé si llegó o no a mi altura; el conocimiento me abandonó mucho antes. Una sensación de infinito descanso invadió mi cuerpo, y me hundí en un abismo sin fondo, flotando en un mar de nubes negras, muy negras...

* * *

Cuando me desperté, muchos días más tarde, lo primero que vi fue el rostro del teniente Kindo, que sonreía alegre, al verme fuera de peligro.

—¿Y Zina? — pregunté, antes que nada.

—Está en su reino. Fue a enterrar allí a su padre, y os espera allí.

—¿Que me espera allí?

Por toda respuesta, Kindo me tendió un mensaje. Era de mi hermano.

—De buena os escapasteis, Alteza. Nadie daba por vuestro pellejo...

Pero yo no escuchaba al teniente. Mis ojos estaban fijos en el mensaje, que decía lo siguiente:

«Una vez estés repuesto, cumple con tu misión. Debes traerte a Tierra Segunda a la futura esposa del rey»

—¿Sabéis; Alteza — dijo Kindo—, que vuestra previsión ha dado un fructífero resultado? Gracias a los instrumentos que os llevasteis, está siendo analizada la atmósfera de los planetas muertos, para reacondicionarla nuevamente. Claro es que la cosa tardará bastante, y luego quedará en pie la cuestión de repoblarlos, pero habiendo paz en la Galaxia...

Sí; la habría con el enlace de Zina y mi hermano. Y yo tenía que llevarla hasta Tierra Segunda, cumpliendo con mi obligación.

Y así, dos meses más tarde, avancé, solo, por el inmenso salón del trono donde Zina, pálida, hermosísima, más bella que nunca con el severo traje de luto que vestía, me recibió como al embajador de un poderoso gobernante. Aceptó la petición que formulaba en nombre de mi hermano.

—Seré la esposa del rey de Tierra Segunda —dijo sencillamente—. Entretanto, y mientras se dispone lo conveniente para la marcha, consideraos como en vuestra propia casa.

* * *

Cuando llegamos a nuestro planeta, me encontré con la mayor sorpresa del mundo. Groan agonizaba.

—Midrab —dijo—, lo hizo por instigación de Thuran. Es un veneno lento, pero implacable. No hay antídoto contra él, y la única duda consiste en saber cuánto tiempo duraré todavía.

—No es posible — dije, atónito.

A fin de cuentas, ¡qué diablos!, era mi hermano. Habíamos tenido el mismo padre, y las aventuras corridas me hacían mirar la situación desde un punto de vista muy diferente.

—Desgraciadamente, es así, Rian — me contestó.

Estaba reclinado sobre un diván, al lado del cual nos hallábamos Zina y yo.

—Tú siempre pensaste mal de mí, Rian. Acaso, en un tiempo, tuviste algo de razón; pero cuando me enteré de mi mal, quise que tú fueras el rey de nuestro mundo. Por eso te envié a pedir la mano de Zina; porque sabía que Thuran trataría de impedirlo, y tú... le derrotarías o morirías. Y si lo conseguías, como lo has conseguido, te harías digno de ceñir la corona que ha de durar ya muy poco tiempo sobre mis sienes.

Incliné la cabeza, avergonzado, porque, además, comprendía que, en realidad, había solicitado la mano de Zina para mí mismo. Y ella lo sabía todo desde el primer día...

—No quise que te lo dijera — continuó Groan—. Trataba de hacer de ti un hombre capaz de afrontar con la enorme responsabilidad que supone el reinar sobre un mundo tan extenso. Y Trumbo y Zina... aquella noche —aquí sonrió pálidamente mi hermano—, en que tú nos sorprendiste, estuvieron de acuerdo conmigo en todo... Por eso habían venido aquí, para establecer conversaciones preliminares, antes de dar el paso definitivo... Ella no me hubiera aceptado a mí... un informe saco de grasa, pero yo hice que Trumbo concediera su mano al rey de Tierra Segunda... *¡tú, Rian!*

Zina me tomó de la mano y me miró, con los ojos húmedos. Ahora yo lo comprendía todo.

—Quiero que os caséis en seguida... La proclamación del nuevo rey ha de hacerse antes de que yo haya muerto... ¡Qué lástima, Rian! Pórtate bien con tu pueblo... y guárdale la paz... Educa a tu heredero para que sea también un verdadero rey, como tú lo serás... como lo fue nuestro padre...

* * *

Han pasado ya treinta años desde aquel momento, y he cumplido fielmente la palabra empeñada. Mis sienes se cubren de plata ya, y el otro día hallé algunas canas en el hermoso cabello de Zina, aún bella y atractiva... Bueno, es que aquí, como se sabe, vivimos mucho más del siglo, de modo que estos síntomas no son precisamente de vejez, sino, digamos, de algo que se parece un poco a la madurez.

Zina me dio seis hijos, el mayor de los cuales, Groan, será un verdadero rey. El otro día lo estábamos discutiendo.

—¿No crees que ya es hora de que tomes una caña y te vayas a pescar? Groan lo podría hacer muy bien sin ti, y el pueblo lo adora.

La guiñé un ojo.

—Después de treinta años de casada, ¿aún tienes ganas de una segunda luna de miel?

—Recuerda que, en realidad, no la tuvimos. Estábamos de luto y...

Rodeé su talle con mi brazo y la miré al fondo de sus ojos, que no habían perdido aún su transparente brillo.

—¡Gran Galaxia!, tienes razón, esposa mía. ¡Que trabajen los jóvenes!

Palmoteó de alegría.

—Entonces, voy a disponerlo todo, querido — dijo, y se escabulló de mis brazos.

Pero se detuvo cuando la llamé.

—Pon también en el equipaje material de escritura; lo necesitaré.

Dijo que sí, y éste es el resultado de mi segunda luna de miel.

Lo cual ha sido posible, porque ya se acabaron las intrigas en la Galaxia.



El primer hombre

por

Dave C. Burlett

EL PRIMER HOMBRE

¿Que cómo se llamaba el primer hombre? Y, ¿qué más da? Para unos era John, para otros Juan. Había quien le llamaba Giovanni y quien Jean. No faltaban los que le decían Iván y Hans. O acaso su nombre fuera Ian o bien podía llamarse Ion o Ioanu. ¿O quizá era Alí el nombre? Aunque, bien mirada la cosa, también pudo ser Chang o Nomura.

El nombre era lo de menos; el HOMBRE era lo importante, y lo era precisamente porque había sido el primero. Démosle, pues, el nombre de Juan, que es uno de los nombres más comunes en la Tierra, y que en todos los idiomas tiene su correspondiente versión lingüística.

Juan, pues. Así se llamaba el primer hombre que aterrizó en la Luna.

No se envió más que a una persona en el primer cohete. Por supuesto, en la cabina había sitio para más, acaso para una docena de hombres, pero el peso de éstos fue suplido por implementos y material necesario con los cuales establecer la primera base terrestre en el satélite.

Después del cohete que tripuló Juan, vendría otro con más hombres y combustible remanente para, uniéndolo al que le había sobrado al anterior, tener suficiente para un viaje de retorno. Los segundos pasajeros se instalarían en las tiendas de plástico que ya habría levantado Juan, y éste regresaría a la Tierra. Un tercer cohete, con más hombres y más elementos volvería luego al satélite, y así, con esta cierta lentitud, se haría la conquista de la Luna. Lo importante había sido llegar a ella y asegurar la permanencia del primer hombre cuyas suelas habían hollado el polvo del satélite. Juan lo dispondría todo para que los que le siguieran pudieran mantenerse allí, y luego regresaría a la Tierra.

Juan sonrió una vez estuvo fuera del cohete. Sentía la sangre, merced a la gravedad menos seis que reinaba allí, circularle más rápidamente, como si estuviese mezclada con algún extraño y beneficioso licor. Le parecía, de repente, haberse quitado unos años de encima.

Lo primero que hizo fue plantar la bandera de las N.U. que eran las patrocinadoras del viaje. Hincó la aguda punta del asta en el suelo, y luego desplegó la tela. Como no había viento que la moviera, permaneció largo rato extendida, antes de plegarse lenta y caprichosamente, mostrando el paño azul con los dos hemisferios del planeta, representados en blanco y negro.

Juan hizo una mueca al verla. Verdaderamente, los diseñadores de tal emblema carecieron de originalidad. No se podía negar que, en conjunto, representaba el fin a que había sido destinada; pero a la gente —se dijo— le gustan los colores vivos, que hieran la retina, que destaquen y enciendan, cromáticamente, el sentimiento nacional. Y aquello le pareció, más que la

bandera de su planeta, el anuncio de una compañía de seguros.

Pero no podía perder mucho tiempo contemplándola. Tiró una placa, y luego se entregó afanosamente al trabajo. Ya había transmitido su llegada al satélite y hasta dos horas más tarde, no volvería a establecer conexión con la Tierra. La transmisión radial absorbía demasiada energía, aun siendo por medio de microondas dirigidas, y hasta que no dispusieran de una planta de fuerza un poco más potente, no podrían abusar de los mensajes radiados. Mientras tanto, habían de limitarse a unos cinco minutos cada dos horas.

En tanto que Juan trabajaba afanosamente, su pensamiento volaba hacia la Tierra sin que él lo pudiera remediar. Se vio a sí mismo reproducido en efigie, mármol, bronce, madera, cemento, en todas las grandes, y acaso muchas pequeñas, ciudades de la Tierra. Vestido con el traje espacial, con el casco en la mano izquierda, mirando hacia las estrellas, reproducidos con mimo los menores detalles de su atavío. La frente despejada, los ojos iluminados, y una leve sonrisa en la boca, un pie ligeramente adelantado, tales serían los principales rasgos de la estatua, que, a no tardar mucho, se le erigiría en el planeta. Porque él, Juan, había sido el primer hombre en pisar el inhollado polvo de la superficie del satélite.

Poco a poco, los aparatos científicos que había transportado consigo fueron siendo descendidos al suelo. Entre ellos no faltaba un telescopio por el cual, Juan, arrojaba de vez en cuando, una mirada a su planeta, recreándose en el maravilloso espectáculo que ofrecía la Tierra vista desde el satélite.

Comunicó una vez, y dos, y tres, con la estación desde la cual había partido. Luego habría un intervalo de ocho horas, durante las cuales cesaría la comunicación para, se suponía, concederle un merecido descanso. Lo hizo y comió y bebió en abundancia, reanudando después el trabajo. Los otros iban a llegar en seguida; no convenía desperdiciar el tiempo.

De vez en cuando, Juan tenía el suficiente para arrojar una mirada al hermoso paisaje que tenía ante sí. Se hallaba al pie de Cabo Laplace, en la Bahía de los Iris, un impresionante farallón que ascendía casi verticalmente más de tres mil metros, y en su pico, como sostenida por él, se veía la Tierra, azul, pura, esplendente, bañándose en la vivificante luz del sol.

Comunicó una vez más con su base. Y dos. Pero a la tercera no le respondió nadie.

Intrigado, Juan repitió la llamada. Hubo de repetirla varias veces antes de resignarse a no ser contestado, por el momento. Abandonando su labor, repasó los transmisores, hallándolos en perfecto estado. La falta de contacto, no dependía, pues, de sus aparatos.

Un poco nervioso, Juan se encaminó hacia el telescopio. Los mil aumentos de éste poco podían decirle, pero menos era nada. Movió el ocular hasta que lo tuvo correctamente enfocado.

Se irguió, irritado por aquella falta de consideración que tenían con él. ¿Es que no se daban cuenta? Él era el primer hombre que había aterrizado en la Luna. ¿O ya lo habían olvidado? Juan era el nuevo Colón del espacio; ¿iba a merecer un olvido tan rápido?

Volvió a aplicar la mirada al telescopio, y entonces vio algo que le extrañó: un puntito luminoso sobre la superficie del planeta, brillando cegadoramente durante una milésima de segundo. Casi al instante, dos o tres chispazos más surgieron y desaparecieron con fulgurante rapidez.

La frente de Juan se perló súbitamente de un helado sudor. Hasta el interior del vidrio de la escafandra se le empañó, y hubo de proyectar una corriente de aire para disipar el vaho. Volvió a mirar de nuevo.

Los chispazos se repetían, ahora con un ritmo acelerado. Parecía como si cientos de nuevos volcanes, de vida instantánea, surgieran en la corteza del planeta. Horrorizado, Juan comprobó que las principales agrupaciones de relámpagos estaban en...

Se irguió en toda su estatura. Y empujó desdeñosamente el telescopio a un lado. El instrumento cayó con infinita lentitud, al *ralenti*.

Ahora ya no lo necesitaba para ver la destrucción de su mundo. La atmósfera ardía. Aquel color azul, tan puro, tan impoluto, se había transformado en uno rojo, sangrante, siniestro, señalador de que la vida en el planeta estaba acabándose.

Un grito que fue enviado al éter por su transmisor, que no pudo ser oído por nadie, sino por él mismo, pero que nadie sino él pudo escuchar. Y en aquel grito se expresaba toda su desesperanza, todo su dolor, toda su ira, toda la cólera, que no le cabían en el pecho.

Sintió que las lágrimas le bañaban las mejillas. Quiso enjugárselas, pero las enguantadas manos tropezaron con el duro *vitroplástic* de la cara de la escafandra. Sintió cómo las lágrimas le sabían amargas, a sal, a Mar Muerto, y luego se le introducían por el cuello, hasta mojarle la ropa interior.

Tambaleándose como un beodo, Juan caminó hasta la bandera, que continuaba aún allí. Cogió la tela, desgarrándola en toda su extensión. En el vacío, no pudo percibir el sonido de la rotura, pero notó sus vibraciones en el interior de su traje. Arrojó el inútil trapo a un lado. ¿Para qué quería una bandera si no tenía Tierra?

Los ojos mojados de Juan se volvieron hacia el ahora rojo planeta, que ardía totalmente, sumido en su cósmico cataclismo. Sin darse cuenta, Juan cayó de rodillas.

En un momento lo comprendió todo. Ya no habría recibimientos, porque no tendría quien le esperase. No tendría estatuas, porque no habría escultores, ni pueblos que pagasen a éstos. No se escribiría su biografía, ni se le harían

artículos, ni fotografías, ni «films», porque no habría ni escritores, ni periodistas, ni fotógrafos, ni «cameramen».

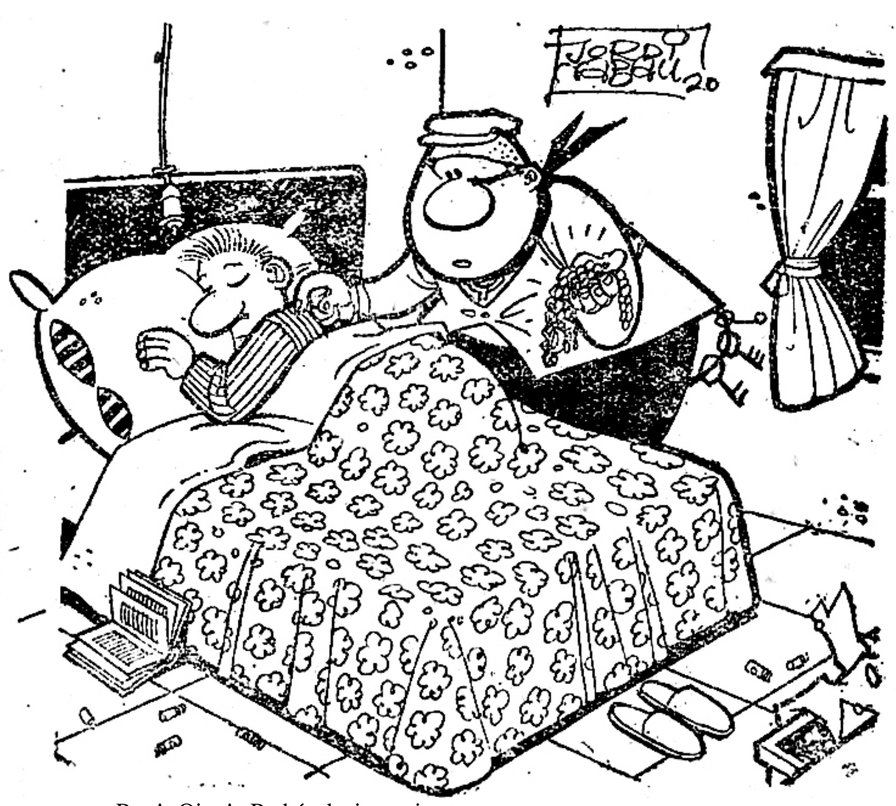
Una amarga sonrisa floreció en los labios de Juan. ¿El primer hombre? Sí; el primer hombre que llegase a la Luna sería un afortunado. Él lo había sido.

Pero ahora ya no lo era. Y su fortuna se había convertido en desdicha.

Porque Juan, ahora, era el último hombre.

FIN

NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA



—¡Psst! ¡Oiga! ¿Podría decirme si estas perlas son auténticas?

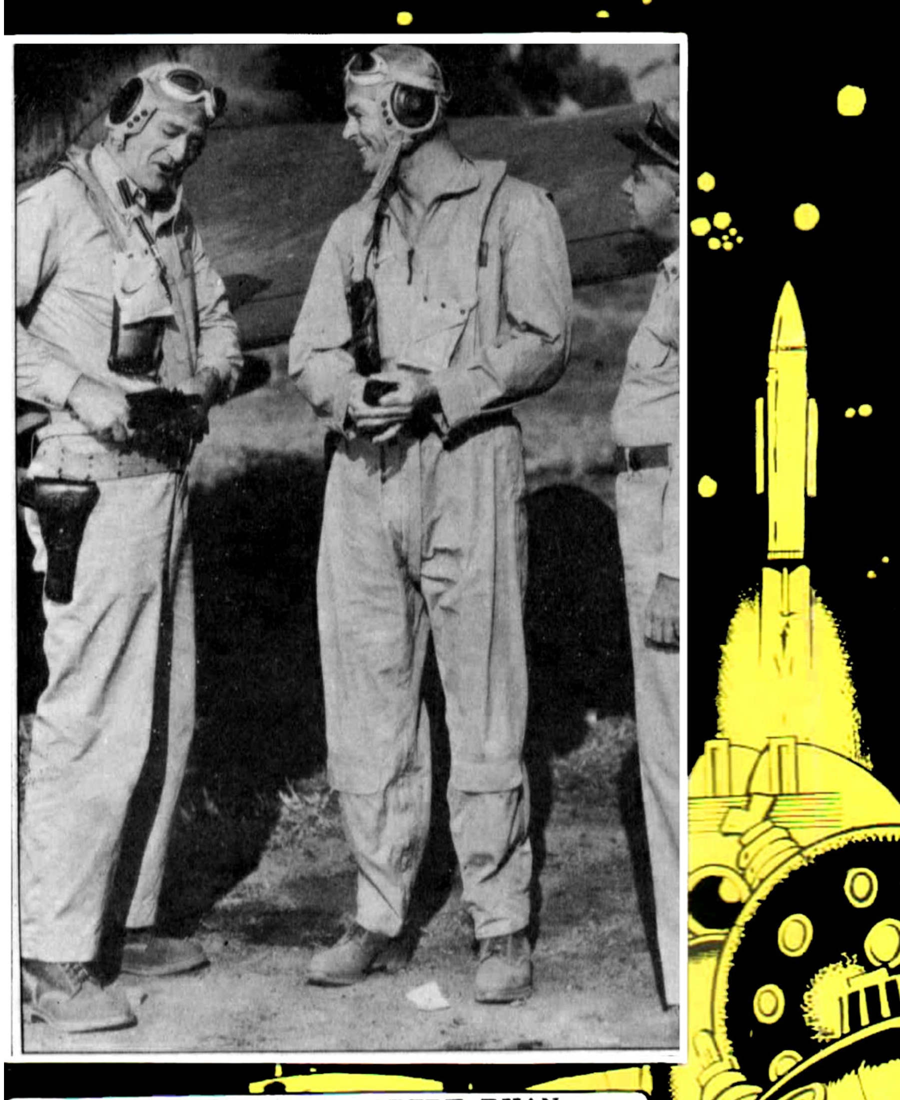
¿Qué haría usted si, al regresar de un viaje interplanetario que hubiese durado diez años, encontrara las ciudades de la Tierra completamente abandonadas?

Ultrametrópolis

La originalísima narración del gran escritor LAW SPACE, que pondrá en su médula un escalofrío de espanto.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS:

55. — Las estrellas nos atacan. — *Clark Carrados*
56. — Los esclavos de Silón. — *Red Arthur*
57. — Materia negativa. — *H. S. Thels*
58. — La pesadilla de los hipogeos. — *Law Space*
59. — ¡Se acaba la elíptica! — *H. S. Thels*
60. — Una princesa de Sirio. — *Clark Carrados*
61. — Vagabundos del infinito. — *Red Arthur*
62. — La fauna del Espacio. — *H. S. Thels*
63. — Conflicto estelar. — *Clark Carrados*
64. — La bestia informe. — Law Space
65. — Memorias de una máquina. — *Clark Carrados*
66. — Mensaje al Universo. — *Louis G. Milk*
67. — ¡Voces en el Espacio! — *H. S. Thels*
68. — Revolución en el Sistema. — *Clark Carrados*
69. — El juego de la muerte. — *Red Arthur*
70. — Policía sideral. — *Clark Carrados*
71. — Invasores de la Tierra. — *Johnny Garland*
72. — Extraños en la Luna. — *Eduardo Texeira*
73. — Un yanqui en la corte del rey Marciano. — *Law Space*
74. — El planeta perdido. — *Louis G. Milk*
75. — El oro de las estrellas. — *Clark Carrados*
76. — La guardia del tiempo.— *Louis G. Milk*
77. — Vampiro estelar. — *H. S. Thels*
78. — Guerra telepática. — *Law Space*
79. — La guerra de los asteroides. — *Clark Carrados*
80. — Al final del cosmos. — *Law Space*
81. — Satélite artificial. — *Johnny Garland*
82. — Intriga en la galaxia. — *Louis G. Milk*



JOHN WAYNE y ROBERT RYAN
en *Infierno en las nubes*, de RKO
Radio Pictures

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos